

SAN JOSÉ, COSTA RICA

1924

LUNES 10 DE NOVIEMBRE

SEMAMARIO DE CULTURA HISPANICA

SUMARIO: *Los Estados Unidos, el Extremo Oriente y las Repúblicas Hispano Americanas*, por Antonio Caso.—*Temas*, por Alberto Masferrer.—*El primer paso*, por Salvador Umaña.—*Con esas hogueras*, por Flor de Luna.—*Palique*, por Eugenio D'Ors.—*La educación político-científica del Presidente Coolidge*, por Arthur Mac Donald.—*El nuevo idioma castellano*, por Ventura García Calderón.—*Patria*, por A. H. Pallais, Pbro.—*El Sermón del Monte*, por Clara Diana.—*La razón del iluso*, por Fabián Vidal.—*Un cuartelazo y un manifiesto*, por J. Albertazzi Avendaño.—*La Edad de Oro* (con lecturas para niños).

Los Estados Unidos, el Extremo Oriente y las Repúblicas Hispano Americanas

(De Revista de Revistas, México, D. F.)

1

EL profesor de la Universidad de Valladolid, don Camilo Barcia Trelles, acaba de dar a luz un libro rotulado *La Política Exterior Norteamericana de la Postguerra*, en que se contienen algunas consideraciones muy interesantes sobre las relaciones diplomáticas de los Estados Unidos y las naciones del Extremo Oriente. Resultan sobre todo importantes las ideas del profesor Barcia Trelles, en lo que concierne a los intereses de los pueblos latinoamericanos, frente a la terrible cuestión, hoy más grave que nunca, de la expansión japonesa, por las costas del Pacífico, en el viejo y en el nuevo Mundo. Como México es una de las potencia latinas que posee grandes litorales en la región del Pacífico, a la par de Chile y el Perú, nos parece oportuno dedicar a la meditación de los conceptos del joven profesor español, el espacio que, ordinariamente, reservamos en *Revista de Revistas*, a los tópicos de la vida internacional que, por su trascendencia, pueden implicar para México la determinación del rumbo en que habrá de empeñarse, necesariamente, en un futuro próximo o lejano, la vida nacional.

2

Los Estados Unidos, obedeciendo a lo que llaman «El Testamento de Washington», realizan hoy su política de apartarse, por modo sistemático, de intervenir en las cuestiones europeas; pero no pasa así en lo que concierne a los problemas del Pacífico y del lejano Oriente asiático. Hace poco tiempo elevaron a la categoría de ley sancionada, el proyecto inmigratorio presentado ante la Cámara de Representantes. La mencionada ley, como hace observar el señor Barcia Trelles, atañe de un modo especial, al Japón. El Gobierno de Tokio no creyó posible su votación definitiva por el Parlamento, ni su sanción por el Presidente Coolidge. «Tratábase de una medida legislativa demasiado grave, para ser transformada en realidad».

3

No obstante el sentimiento personal del Presidente Coolidge, que habría deseado invitar a los japoneses a tratar con los Estados Unidos, como ya se realizó en otras ocasiones, el *bill* de inmigración votado por el Par-

lamento americano, se suscribió por el Presidente de la Unión, prohibiendo la entrada a los Estados Unidos, de los súbditos nipones. La sensación que causó el acto en la prensa japonesa fue formidable. El periódico *Nichi Nichi*, entre otras cosas, dijo: «Si el *bill* es sancionado por el Presidente Coolidge, serán impracticables la buena inteligencia y las relaciones amistosas con los Estados Unidos». El *Ko kumin*, agregó: «El pueblo japonés ama la paz, pero la paz no depende de la buena voluntad de una sola nación». Por último, el *Tokio Nichi Nichi* formuló esta formidable admonición: «No queremos la guerra, pero el sentido del honor nos obliga a recoger el guante que se nos ha arrojado».

4

Hace observar el profesor cuyas ideas comentamos, que la actitud de los Estados Unidos hacia el Japón, contrasta con la de otras potencias europeas que figuran en los primeros sitios de la actividad política del mundo. Francia, por medio de M. Merlin, Gobernador general de la Indo China, trató de la extensión a esta colonia francesa, de las cláusulas del tratado de comercio franco-japonés vigente. «En cualquier caso, las relaciones franco-niponas son de evidente cordialidad». Los rusos y los japoneses están en camino de solucionar sus dificultades. Y, una vez resteltas las diferencias, ¿qué podrán hacer los Estados Unidos ante la acción conjunta y armoniosa del gobierno imperial y el de los soviets?

5

El Japón es uno de los grandes productores de hombres. Imposible le es contener y alimentar en el territorio de su propia nación a las muchedumbres que ansían constantemente la mejoría de las condiciones de su vida, y pugnan por satisfacer, en otros territorios más propicios, ese mismo anhelo de mejoramiento. De aquí que la ola japonesa se derrumbara sobre las costas de California y, en su defecto, sobre la América Latina.

6

Como muy bien lo hace observar don Camilo Barcia Trelles, México, el Brasil, Chile y el Perú tienen que ser los países a donde se dirija de preferencia el movimiento migratorio japonés. Pueblos jóvenes de vastísimo territorio, de múltiples recursos económicos, que apenas si principian a explotarse hoy; de escasa población, de inmenso porvenir; pueblos que están integrando, apenas, su obra nacional, llaman enérgicamente y atraen, por las condiciones de su civilización, a los asiáticos cuya superabun-

dancia humana ha hecho que la Unión yanqui se alarme y proteste, vedándoles resueltamente las tierras pródigas de la alta California. Pero México significa para los japoneses, no sólo una tierra eficaz para su desarrollo, sino también un puente para penetrar por la frontera norte de nuestra República, a los Estados Unidos. La situación geográfica de México, limítrofe con la gran potencia de la historia contemporánea, hace que el conflicto revista para nosotros mayor gravedad.

7

Termina el profesor Barcia Trelles por declararnos en peligro inminente ante el conflicto yanqui-nipón, y sugiere que podría celebrarse una conferencia de las Repúblicas americanas de origen ibérico, en que se tratara, primero, de la actitud de las repúblicas asambleadas frente al problema del Pacífico; y, segundo, de la posición de las naciones del Nuevo Mundo, relativamente a la cuestión inmigratoria.

8

«Resta, por tanto, la cuestión del Pacífico, específicamente relacionada con determinadas Repúblicas. No ignoramos que aludir a este problema equivale a rozar una de las cuestiones más espinosas de cuantas actualmente se hallan pendientes de solución. Precisamente, el que la mencionada tensión constituya un obstáculo para preparar deseables cooperaciones, hace necesaria su eliminación. Para alcanzar tal fin, nada mejor que la pasión explicable sea sustituida por la moderación. Puede ganarse concretamente mucho manteniendo una posesión; pero, en ocasiones, los triunfos inmediatos, si no se asientan en la concordia, suelen preparar futuras paralizaciones. Es el interés coincidente el que debe prevalecer, y si para alcanzar tal fin el diálogo aislado no constituye el procedimiento deseable, la participación de todos facilita el camino prometedor de las grandes realizaciones solidarias». Hasta aquí las palabras del catedrático de Valladolid. Para concluir, formulamos nuestra propia reflexión: ¡Nace un conflicto en el lejano Oriente, y surge de ahí una nueva razón para apretar los fuertes vínculos de la Raza! ¡Sólo realizando la mutua inteligencia de nuestros pueblos, que soñó Bolívar, nos respetarán los fuertes!

ANTONIO CASO

Un estante de obras escogidas

En la Administración del "Repertorio Americano" se venden las siguientes:

Hugo de Barbagelata: <i>Una centuria literaria</i> (Antología de poetas y prosistas uruguayos).....	7.00
Kahlil Gibrán: <i>El loco</i>	1.00
Paul Gerald: <i>Tú y Yo</i>	1.00
Homero: <i>Iliada</i> (2 tms., pasta).....	6.00
Tolstoi: <i>Los Evangelios</i> (1 tom. pasta).....	3.00
Dante: <i>La Divina Comedia</i> (1 tomo pasta).....	3.00
Plutarco: <i>Vidas Paralelas</i> (2 tomos pasta).....	6.00
Platón: <i>Diálogos</i> (3 tms. pasta).....	9.00
Fray Luis de León: <i>Poesías originales</i>	1.25
B. Contreras: <i>Antología de poetas italianos</i>	0.75
Eurípides: <i>Tragedias</i> (un tomo, pasta).....	3.00
Tagore: <i>Jardinero de amor</i>	2.25
Bolívar: <i>Discurso en el Congreso de Angostura</i>	1.50
Homero: <i>Odisea</i> (un tom. pasta).....	3.00
P. Henríquez Ureña: <i>Mi España</i>	4.00
Alfonso Reyes: <i>Los dos caminos</i>	2.50
Ml. Magallanes Moure: <i>Florilegio</i>	2.00
Isaías Gamboa: <i>Flores de Otoño y otros poemas</i>	2.25
Luis Carlos López: <i>Por el atajo!</i>	4.00

Temas

(Del Boletín de la Academia Salvadoreña, San Salvador.)

Criterio histórico

En historia, cuando se trata de personajes heroicos, lo más importante no es lo que sucedió, sino lo que debería haber sucedido, según los anhelos del espectador. La realidad mayor y mejor, será entonces, la que deje más satisfecho el corazón.

Bebidas embriagantes

Uno de los mandamientos de Budha, es no beber licores embriagantes. El Bagavad Ghita prohíbe «todo jugo que hubiere fermentado». ¿Por qué tanta severidad? Porque el alcohol, lo mismo que la morfina y otros en menor escala, falsifican el estado nirvánico, el éxtasis, que es la felicidad suprema, sólo merecida a fuerza de caridad, de pureza, de ingenuidad y desprendimiento. Así, la embriaguez es la mentira por excelencia. Se comprende que una droga que posee la tremenda virtud de producir ese estado de bienaventuranza, ha de producir asimismo reacciones tremendas, que llevarán al estado contrario: *demontaco y bestial*. Así es, en efecto: la embriaguez nos convierte en fieras, o en bestias. Si es habitual, acaba con el alma, y sólo deja del hombre un andrajo.

Esto hace cavilar si no sería el alcohol o todo narcótico y anestésico, el *fruto prohibido*, puesto que hace sentir el bien y el mal, la vida y la muerte...

Matar

Lo más amargo de la vida, lo que hace más innoble el vivir, es la necesidad de matar. Matamos, destruimos vidas incesantemente, sabiendo que, lo mismo que nosotros, con tan fuerte anhelo como nosotros, todos los animales desean vivir...

La canción del pájaro

(Comentario a mi hermano El Viento, de Francisco de Asís)

No es solamente *su* canción, sino la mía. El aire que él hace vibrar con sus cuerdas vocales, con su garganta, es *el mismo* que yo estoy respirando; es *mi* aire. Así, el pájaro canta por él y por mí. El da forma a *nuestra* canción. En cambio, yo *pienso*, por mí y por él, pues lo que yo imagino o siento, y escribo, es lo *mismo* que él canta. El punto de convergencia en esta canción, está en que los dos la escuchamos.

En esta confraternidad caben el torrente, la flor y el viento, y también el árbol, y también la montaña y el desierto y el mar. Es la *misma* canción, que dice cada uno a su manera, con susurros, aromas, palabras o silencio.

Nuevas patrias

¿Para qué sirven una, dos, tres naciones más, o muchas, organizadas según el molde civilizado, explotadoras, asesinas, prostituidas, morfínómanas, pauperistas, militaristas, suicidas, rapaces y mentirosas?

¿Qué gracia, qué mérito puede encontrar un hombre, si no fuese perverso o insensato, en fundar una nueva familia, si ésta ha de ser tuberculosa, sífilítica, alienada o alcohólica? ¿No pensará y sentirá que el fundar y sostener tal familia es una desgracia, una vergüenza?

No así para el hombre que está cierto de casarse con una mujer sana y honesta; de ser él mismo un hombre

sano y honesto; de que sus hijos, entonces, resultarán normales, sanos, puros, honestos.

Pues así deberían pensar y sentir los hombres que se empeñan en fundar nuevas patrias. Deberían pensar que una patria más, civilizada, es decir, carcomida por la explotación, la usura, la miseria, el militarismo, la prostitución, el alcoholismo, el morfínismo, la ignorancia y demás plagas y pestes de la civilización, no sólo no sería una patria digna de crearse y amarse, sino que sería una desgracia más; una vergüenza más.

El mayor descubrimiento

William James descubrió que en cada criatura humana humana hay una excelencia.

Este será, creo, el mayor descubrimiento del Siglo Vigésimo. Si el mundo puede redimirse, le vendrá de ahí. ¿No somos, acaso, todos hijos del Padre? Entonces, cada uno de nosotros es un rayo de sol.

ALBERTO MASFERRER

1924

El primer paso

Hoy te he mirado, hijo, sobre tus pies alzarte,
y me ha sobrecogido tal orgullo de padre
que sin mirar que el verso se hace dolor, en verso
obligado me he visto la emoción a expresarte.

Has dado el primer paso, hijo mío; suceso
el más grandioso, acaso, después del nacimiento;
antes de la palabra,—que te hace un Dios,—te siento
transformado en humano. ¿Podía no hacer el verso?

Antes de ahora has sido milagro en nuestra vida;
milagro de apreciar cómo el mundo renace
y vibra. Pero hoy sentimos transformarse
nuestra misión, al verte; y una divina
fuerza me hizo decir el bíblico «Camina...»
como si a mi palabra el milagro brotase!

¿Adónde, Dios, adónde le llevarán sus pasos?
Mis miradas inquietas revelaron la duda,
mas vi luz en el fondo de su conciencia aun turbia
y no temblé;...le atraje blandamente a mis brazos.

Y en mi conciencia díjeme: Aprende aquí a ser fuerte:
ya que eres hombre, lucha; ya que eres bueno, sufre.
Acepta los fracasos, y hasta la muerte; acaso
la vida real comienza tras cada último paso...

¿Qué en verdad es la vida sino pasos y pasos?
Nuestros pies nos conducen a buscar el destino;
lo cumplimos; volvemos al descanso; y pedazos
de nuestra alma se quedan señalando el camino.
¿Adónde, Dios, adónde le llevarán sus pasos?
¡Dios me le ha de evitar todo dolor mezquino!

Hijo, permite que alce, como hiedra a tu sombra,
un recuerdo a mi madre, que me cuidó cual lo hago
contigo, y con mi dicha sintió halago
y sintió orgullo al verme andar como hombre.

Yo así también, en forma deficiente
expresé mis primeras emociones
y de divina eternidad rumores
fueron mis gestos, fué mi voz, mi frente.

Ay! imagino qué emoción, qué ansia noble
sin duda aleteó en su alma al mirarme
alzar la frente, nuevo conquistador del orbe,
y luego echar a andar, soberbio el porte.
Sin duda tuvo fe, volvió a crearme...
¡Si algo he podido ser, de ella es el soplo!

Después que pude andar, por mí valerme,
y me alejé de su fecundo amparo
seguí sintiendo su recuerdo atado
a mi vida y mis actos. Me enaltece,

me conforta, me guía. Todavía ahora,
y también antes, hace veinticinco años
cuando juzgaba el mundo libre, libre de engaños,
ella fué mi enseñanza, fué la luz de mi prora...

Hijo, pues ya tu hazaña realizaste, permite
que haga un elogio cálido de la vida andariega;
la vida que es más vida, siempre en renovación;
y así permite, el día que el primer paso diste,
que sobre mí sacudas, si polvo recogiste,
tus pies, y los afirme sobre mi corazón!

Heredia, C. R., octubre, 1924.

SALVADOR UMAÑA

Con esas hogueras

Por qué es que me miras con tanta insistencia?
Di como he querido
echar al olvido todos tus desdenes;
si oculto mi rostro para no mirarte,
si como una pobre
violeta, olvidada he querido ser,
¿porqué es que me miras?
—¿No sabes que siento el calor de tus ojos sobre mis pupilas?
Con esas hogueras que están encendidas
no puedo olvidarte....!
Y, ¿sabes qué siento mientras que me miras?
—Que toda la sangre fluye a mi cabeza
que todo se apaga,
que todo en silencio quédase vacío...
sólo dos terribles
puñales de acero
se clavan crüeles
entre mis pupilas.
—Y entonces...no veo,
entonces, no siento
más que el martilleo
de este corazón.
—(Quiero que me olvides
mientras tú te sientas alegre y feliz).
—Amado insincero, tú no eres traidor!
Quiero que me digas
para qué me miras
con esas hogueras.

FLOR DE LUNA

San José de C. R., 1924.

Lector: Si quiere usted proteger eficazmente al *Repertorio Americano*, suscribase! Las cuatro entregas mensuales: \$ 2.00.

Palique

(De *Nuevo Mundo*, Madrid)

A veces me río de ciertos movimientos de acción moral, un poco ingenuos, bastante pomposos— a veces, tal vez, algo hipócritas—, que tienen su asiento en las metrópolis protestantes. A veces me río; a veces, no.

Anda el mundo tan mediano, las gentes se desbragan de tal manera, que incluso se llega a agradecer que haya todavía quien se tome siquiera el trabajo de simular un poquito de amor al prójimo.

Luego, puede siempre abrigarse alguna esperanza de que ocurra lo que en el cuento del Hipócrita Santificado, la admirable invención de Max Berboom. ¿Conocéis la parábola?

Un libertino se prenda de una linda muchacha y quiere desposarse con ella. Pero la linda muchacha, que conoce la reputación del pretendiente, rechaza su deseo. «Sólo me casaré—le dice en ultimátum— con quien revele ya en su semblante la excelcitud de la propia bondad; con quien presente el rostro de la santidad perfecta...» El libertino piensa entonces en el modo de engañar a la muchacha. Fingirá. Se ha hecho construir por un hábil artífice una irreprochable máscara de santo. Cubierto con ella, se retira a la soledad el tiempo bastante para que se olviden sus escándalos más recientes. Cuando regresa de la soledad, empieza hipócritamente a practicar el bien entre los hombres. Cumple puntualmente con la piedad, profesa la verdad, socorre a los necesitados. Su fama de santidad empieza a extenderse... Hele aquí, de nuevo, a la presencia de la amada. Esta va a aceptarle. Pero ocurre que hay un celoso. En el momento crítico, éste se precipita sobre el hipócrita y le arranca la máscara.

¡Oh, maravilla! Debajo de la careta ha aparecido el rostro. Y el rostro, el rostro verdadero, no es ya el antiguo. Ahora presenta—modificado ya por el largo ejercicio de la virtud—los mismos rasgos, exactamente los mismos, que aquélla. *Es ya el semblante de la santidad perfecta; y, con haber cumplido el milagro, cumple la condición que la difícil doncella se atrevió a pedir.*

* *

(Digo doncella, en vista de la misma dificultad. No hubiera faltado más sino que ella, por su lado...)

* *

¡Ah, si a algunos sectores del mundo contemporáneo se les pudiera un día arrancar la careta, *sin que pasara nada!*

Dentro de la sociedad calvinista, esto probablemente podría ser verdad más de una vez. Ciertas naturalezas, originariamente un poco atravesadas, encuentran, sin

duda, en su disciplina y ejercicio amigos de las rígidas exterioridades, un instrumento de sucesiva perfección interior. Puritanismo y *cant*—que no es precisamente hipocresía—se confunden a menudo. Pero esto hace que también lleguen a confundirse, alguna vez, *cant* con pureza.

* *

Un movimiento muy interesante para la defensa moral del niño se inició y empieza a organizarse en Ginebra. No es extraño a aquél el patronato de la Sociedad de las Naciones. Mas, a pesar de su carácter universal y aconfesional, su inspiración me parece netamente ginebrina y huguenota.

Lo he estudiado de cerca, y lo creo, por ahora, muy puro.

* *

París promulgó los *Derechos del Hombre*. Ha sido Ginebra la sede de los *Derechos del Niño*. He aquí sus principios, en la que ya se llama «Declaración de Ginebra».

Primero. El niño debe ser colocado en situación de desarrollarse normalmente en lo material y en lo espiritual.

Segundo. El niño que tiene hambre debe ser alimentado; el niño enfermo debe ser cuidado; el niño atravesado debe recibir estímulo; el extraviado debe ser bien conducido;

el huérfano y el abandonado deben recibir acogimiento y socorro.

Tercero. El niño debe ser el primero en recibir socorros, en caso de calamidad.

Cuarto. El niño debe ser puesto en situación de ganarse la vida. Debe ser, igualmente, protegido contra cualquier explotación.

Quinto. El niño debe ser educado en el sentimiento de que sus mejores cualidades han de ser aplicadas al servicio de sus hermanos.

Una voz de mujer ha promulgado un día estos principios desde el púlpito de la Catedral de Ginebra.

* *

Una voz de mujer... La voz de una generosidad, que sabía, al proclamar los Derechos del Niño, que los derechos de la mujer están por proclamar aún.

París, para el Hombre, Ginebra, para el Niño... ¿A qué ciudad, pues, del mundo, y en qué tiempo, cabrá la gloria de una *Declaración de los Derechos de la Mujer?*

EUGENIO D'ORS.

Un Acuerdo honroso para el "Repertorio Americano" y para el Gobierno que lo ha expedido

CARTERA DE RELACIONES EXTERIORES

Nº 139

San José, 27 de octubre de 1924.

El Presidente Constitucional de la República

ACUERDA:

Tomar cincuenta suscripciones del semanario «Repertorio Americano» para ser distribuidas por medio de la Oficina de Canjes y Publicaciones de la Biblioteca Nacional, a las legaciones y consulados de Costa Rica; y que el valor de dichas suscripciones se pague por mensualidades con cargo a la partida de Eventuales de esta Cartera.

Publíquese.—JIMÉNEZ.

El Secretario de Estado en el Despacho de Relaciones Exteriores,

ARGÜELLO DE VARS.

La educación político-científica del Presidente Coolidge

(De Revista Parlamentaria de Cuba, Habana).

PUESTO que la ciencia, en su último análisis, es una condensación del buen sentido, la educación política práctica del Presidente Coolidge puede ser llamada científica.

Hemos oído hablar mucho sobre los ejercicios mentales en las escuelas públicas; hacen mucho bien, aunque sean algo sobrecargados; tales ejercicios son técnicos, y necesariamente—bajo ciertos aspectos—artificiales. Pero hay ejercicios mentales «naturales», dependientes de hechos realizados en la vida, tales como: grandes acciones realizadas, funciones ejercidas, libros escritos, reformas instituidas y otros actos públicos. Empleando el lenguaje de los negocios, podemos decir que es la entrega de la mercancía, que es la verdadera prueba de la vida.

En reciente estudio sobre el Senado de los Estados Unidos, he demostrado que los Senadores que han tenido más éxito en su carrera legislativa son los que han tenido también una anterior experiencia legislativa. Si para ser médico, abogado, cura o pastor, es necesaria una educación especial, se comprende que para la Presidencia de los Estados Unidos es esencial una profunda preparación.

No queremos para Presidente de los Estados Unidos ni inexpertos ni grandes desconocidos. Tampoco son deseables en la Casa Blanca los genios ni grandes lumbreras, que hacen sus experiencias a expensas del pueblo. Así, cuando un Presidente no tiene anterior experiencia legislativa, es capaz de ser «anti congresional», mostrándose demasiado agresivo frente al poder legislativo, aunque tenga sobre sus espaldas todos los deberes del cargo presidencial.

Algunos podrán apreciar tal hombre público; pero en general esto no conduce a un buen Gobierno, y, lo que es peor, es que el que al fin sufre del mismo es el pueblo.

Entrenamiento educacional elemental de Coolidge

Suponiendo que una Universidad instituya un curso de estudios preparatorios para la Presidencia de los Estados Unidos, ningún método de instrucción podría aproximarse al de Calvin Coolidge.

Nacido el 4 de Julio de 1872, es un principio patriótico de buen augurio. Es hijo de un tenaz agricultor, duro para el trabajo y miembro de la legislatura del Estado de Vermont. Cierta día su padre lo sentó en la poltrona del Jefe del Poder Ejecutivo, hecho que aunque muy lejano en la memoria de Calvin, jamás fué olvidado por él.

Muerta su madre, su madrastra se tomó empeño en hacer de él un hombre. Niño, trabajó mucho y se mostró muy industrioso en la finca. Fué educado en doctrinas religiosas muy severas. Concurrió a las escuelas públicas de Plymouth, Vermont, y fué alumno de las Academias de Black River y St. Johnsbury. Se graduó en Amherst (1895) donde obtuvo numerosos premios entre los cuales un primer premio (en concurrencia entre todos los colegas) sobre el tema: Principios de la guerra de la Revolución. Después fué a North Hampton, estudió derecho, fué admitido en el foro y comenzó a practicar (1897).

Educación política de Coolidge

Hasta aquí, hemos esbozado su entrenamiento educacional, elemental, que es cuidadoso, progresivo, total. Su experiencia política fué igual: en 1899 fué miembro del Consejo Municipal,



El Presidente COOLIDGE

desde 1900 a 1901; abogado de la ciudad del 1907 al 1908; actuario del Tribunal del Condado, después diputado del Estado; del 1910 al 1911, alcalde. Se cuenta que en esta ocasión fué a llamar a las puertas de numerosos demócratas para llevarlos a votar por él. Si esto es verdad, hay que admitirlo como algo muy excepcional en él. Senador del Estado del 1912 al 1915 es nombrado sin opositor Presidente del Senado del Estado (1914-1915), más tarde Teniente Gobernador (1916-1918) y Gobernador (1919-1920) por gran mayoría.

Feliz candidato a la Vice Presidencia, se familiarizó con la política nacional presidiendo el Senado y asistiendo, por invitación de Harding, a las reuniones del Gabinete, hasta ser Presidente.

El lector notará por los datos que antes se mencionan su encumbramiento gradual, escalón por escalón.

Algunas características de Coolidge

Los más mínimos actos realizados por un hombre, pueden ser comparados con los surcos de agua que muestran la dirección de la corriente. Así es que, siendo Gobernador de Massachus-

sets, tenía dos cuartos en el Hotel Adams de Boston y la mitad de una doble villa de madera en North Hampton, donde él votaba y donde residía generalmente su familia. Como Gobernador, su paga era de 10 000 pesos, su alquiler de 32 pesos mensuales.

Vivía de acuerdo con sus entradas, demostrando así que un hombre puede escalar los más altos puestos en su Estado y también los más altos de los Estados Unidos, no solamente no teniendo fortuna sino aun siendo en realidad pobre.

Cuando estaba en Massachussets, nunca encontró oposición; su fuerza venía a él, él no iba a ella. Nunca se le vió hacer los esfuerzos habituales para obtener altos puestos; él parecía ser indiferente a su suerte en política.

Su gran éxito se debe caso enteramente a su personalidad, atrayente no por lo que parece ser, sino por lo que es en realidad. El no representa un papel; él encarna su propio papel.

Habla poco y solamente cuando tiene algo que decir, pero escucha respetuosamente lo que se le dice valga o no la pena. Por eso se le apoda: «El elocuente Auditor». Una señal de aprobación suya vale más que felicitaciones de cualquier otro.

Nunca tuvo oposiciones personales, no teniendo enemigos en el sentido ordinario de la palabra; pocos hombres han sido menos criticados que él; siempre ha estado dispuesto a defender al débil cuando ha tenido la razón. Sus discursos son notables por su brevedad de epigramas; su vida le ha enseñado a conocer toda clase de hombres; él ha sido de ellos. El ha sido más útil al servicio público que éste a él.

Siendo Coolidge presidente del Comité de Ferrocarriles en la Legislatura de su Estado, un abogado contrario a las corporaciones, habiendo expuesto sus argumentos, preguntó si podía retirarse. Coolidge contestó: Seguramente, a no ser que usted prefiera quedarse para proteger al Comité de los ataques de sus compañeros —aquí presentes,—y defensores de los Ferrocarriles.

Filosofía de buen sentido político

Coolidge está considerado por los que lo conocen, como hombre de pronta y vigorosa actuación.

Según él, la iniciativa individual vale más que la vigilancia e inspección administrativa. Lo que nos hace falta, no son directores, es más cultura. Para Coolidge son indiferentes los signos

exteriores del poder. Su norma en la vida es el deber. Tanto los honores obtenidos como los fracasos sufridos los considera él como incidentes y por consiguiente el éxito lo excita poco y el fracaso lo deprime poco. Además, su tranquila serenidad de nativo de la Nueva Inglaterra, su fe profunda en el poder directivo de la divina Providencia le dan gran calma que se manifiesta al producirse una crisis, que pone en relieve su naturaleza profundamente religiosa.

No es agricultor, pero durante sus vacaciones gusta tomar parte en los trabajos del campo. Él, su padre, abuelo, y su bisabuelo nacieron en la misma finca. Un hombre tan taciturno y tan prudente por naturaleza como Coolidge fácilmente puede ser mal juzgado, y supuesto de no tener ningún sentimiento profundo ni opinión independiente. Pero es todo lo contrario; sus sentimientos son profundos y precisos, sus opiniones bien definidas e independientes. Es leal a la posición que ocupa y a las prerrogativas inherentes. Demuestra gran respeto por la autoridad delegada. Nada le haría criticar a la Administración; si le gusta, la elogia; si no le gusta más que a medias o nada, no dirá nada. Su aparente rigidez proviene de que cuando joven fué educado en la dura vida del campo en el Vermont y también de la infusión de las doctrinas calvinistas, muchas de las cuales han sido confirmadas por la ciencia moderna. Sin duda alguna, todos sus antecedentes ancestrales son de esta naturaleza, de manera que su herencia estaba adaptada a ese medio y apta para su desarrollo en él mismo.

Circunspección, deliberación, paciencia, delicadeza de conciencia constituyen las características de tal vida. Herencia y antecedentes de esta clase disminuyen el egoísmo, hacen despreciar lo artificial, crean el sentimiento de la justicia.

El día en que fué elegido Teniente Gobernador del Estado, los otros candidatos felices se encontraban fácilmente en los lugares públicos donde recibían felicitaciones, pero Coolidge estaba solo en su cuarto del Hotel Adams, sentado a una ventana que daba a un patio interior.

El es desconfiado por naturaleza. Siendo joven no le gustaba darle la mano a los extraños. Solamente a la edad de 10 años fué que se dió cuenta de que no podía seguir con esa costumbre.

Elegido Presidente del Senado de su Estado, dió a conocer su credo, que es el siguiente:

Haz el trabajo de cada día; ya sea para ayudar a una corporación a servir a su país o para proteger los derechos del débil.

No seas atrasado ni demagogo aunque seas calificado de tal; sé tan revolucionario como la ciencia y tan reaccionario como la tabla de multiplicar.

No deprimas al fuerte para elevar al débil.

No te apresures a aplicar la ley, y deja a la Administración el tiempo de enmendarse.

El dice que nadie tiene el derecho de atentar contra la seguridad pública en ningún tiempo ni en ningún lugar; él dice que simpatiza con los trabajadores. Ha defendido la legislación que favorece los seguros sociales, que por sus amigos había sido juzgada como muy adelantada. Como parece generalizarse una tendencia hacia el menor trabajo y mayor ganancia, él dice: «Los salvajes no trabajan». Dice también: «Si la única medida del éxito son las recompensas materiales, no hay esperanzas de que nuestras cuestiones sociales tengan una solución pacífica».

Coolidge prefiere lo útil a lo hermoso. Su Biblia demuestra por su exterior cuantas veces la consulta. Los parajes que más lee son: el Sermón de la Montaña y el Salmo xxxiii. Su biblioteca se compone de volúmenes de historia, de geografía, de cuestiones constitucionales y comprende también las tarifas de Aduanas. En general, los libros que la integran confirman bien la impresión que se siente sobre sus gustos y carácter. Sus libros, son serios y sustanciosos. Por naturaleza, él es un estudioso.

El Presidente Harding había sido invitado para pronunciarse el discurso de inauguración del Hospital Nacional para los negros veteranos de la guerra en Tuskegel (Alabama). No pudiendo ir Harding, se rogó a Coolidge que lo sustituyera, pero éste no aceptó la invitación hasta que no tuvo la absoluta seguridad de que el Presidente Harding deseaba que fuese él y no otro el que

lo sustituyera. Cuando se le presentó el programa detallado del viaje y ceremonias, no presentó más que una objeción, [que fué relativa a que el Gobernador de Alabama debía ir a su encuentro en la frontera del Estado. «No, dijo, debo ser yo el que vaya primero al vagón del Gobernador a presentarle mis respetos.»

Siendo Gobernador fué invitado a dar su opinión sobre la Liga de las Naciones. Él contestó en resumen que el Estado de Massachusetts no tenía relaciones con las potencias extranjeras, pero que si alguna vez él llegara a tener que llenar una función de esa naturaleza, estudiaría todo lo concerniente a ella, trataría de llegar, y llegaría a las mejores conclusiones de que él fuera capaz. Tiene la sonrisa del nativo de la Nueva Inglaterra; es directo y definido; pero no desconfiado ni circospecto por el gusto de serlo.

En sus comienzos, Coolidge era poco conocido, pero tenía toda la confianza de los que lo conocían. Su falta de actividad en el Partido Republicano se debió a su cargo de Vice Presidente, pues él no se toma autoridad que no posee, manteniéndose en los límites exactos de sus atribuciones; pero nunca deja de usar la autoridad que le pertenece.

Para que le cause efecto la reputación de una persona, dicha reputación debe basarse en el mérito. Es opuesto al radicalismo, lo mismo que a los ricos haraganes; cree en la dignidad del trabajo. En una palabra, aplica sus principios a su modo de vivir.

Durante la enfermedad del Presidente Harding, estando de temporada en el Estado de Vermont, iba varias veces al día a pie hasta el establecimiento donde estaba el único teléfono de la localidad, para preguntar por el estado de salud del Presidente, a pesar de que los campesinos se hubieran mostrado muy satisfechos de llevarle las noticias; pero Coolidge decía que él no tenía nada que hacer, mientras que los campesinos debían trabajar para poder vivir.

Coolidge Presidente

Calvin Coolidge prestó juramento a sus nuevas funciones ante su padre en la finca de Vermont, en el lugar donde había nacido. Esta transición de un Presidente a otro, ha sido la más rápida y más fácil conocida, por la excelente razón que nadie tenía dudas o aprehensiones sobre el carácter y habilidades del nuevo Presidente.

Ningún Vice-Presidente ha estado tan experimentado ni preparado para la Presidencia como Coolidge. Desde el punto de vista científico, tenemos en la Casa Blanca al Presidente más eminente que en ella ha entrado. Sin contar que posee un carácter remarkable: sereno, tranquilo, juicioso, paciente, concienzudo que no actúa jamás sin antes haber estudiado «todos los detalles del asunto que se trate».

No pueden considerarse estas expresiones de elogios, como personales mías, pues todas esas cualidades pueden ser fácilmente comprobadas dando una mirada retrospectiva a su vida política pasada, y estudiando su breve período actual en la presidencia donde demuestra las mismas características. Ha cometido pocos o ningún error, aunque en el momento de su advenimiento a la presidencia la situación del país era tan delicada como crítica.

Algunas de las máximas profesadas por Coolidge

Cuando se recibió de Doctor en Derecho, fué felicitado por el Presidente del Colegio por la lección que él daba de «brevedad adecuada». Esta es una expresión exacta para calificar sus discursos y sus cartas. Coolidge ha formulado principios fundamentales que pueden ser siempre ampliados, pero jamás demasiado repetidos.

Principios generales de un punto de vista científico nunca son completamente verdaderos; pero si las cuatro quintas partes son exactas y una quinta parte no lo es, sin duda alguna esos principios generales son de gran valor.

Voy a dar brevemente algunas de las ideas de Calvin Coolidge, extractadas de sus discursos y escritos, y ajustándome en lo posible a sus propios términos:

1.—No soy de los que creen que deben obtenerse los votos presentando las cosas falazmente o por astutas medias verdades o por aceptables deducciones de falsas premisas.

- 2.—Un buen gobierno no se halla en la taquilla de los pagos.
- 3.—El espíritu de partido debe llegar hasta la línea fronteriza donde empieza el patriotismo.
- 4.—Somos ciudadanos antes que afiliados a un partido.
- 5.—Cuando se sustituye el patriotismo por el partidismo, la administración deja de funcionar.
- 6.—En política se necesita más trabajo efectivo que fachadas.
- 7.—La política no es un fin sino un medio, no un producto, sino un procedimiento; es el arte de gobernar.
- 8.—Como todo valor, la política tiene sus falsificaciones a las cuales se han agregado multitud de énfasis con el fin de oscurecer el original.
- 9.—Cada americano por nacimiento es un presidente en ciernes.
- 10.—Hay charlatanes entre los políticos, doctores, abogados, pero ellos no son representantes del pueblo, pues
- 11.—nuestros hombres públicos considerados en su conjunto se inspiran en móviles honorables y patrióticos; sus deseos son ejecutar fielmente sus mandatos.
- 12.—A los hombres públicos no les debe extrañar ser criticados y acusados sin razón.
- 13.—Los asuntos públicos debe tratarse en un plano más elevado que los asuntos privados.
- 14.—En los empleos públicos, solamente puede tener éxito un hombre que goce de grandes simpatías y tenga una gran comprensión de sus conciudadanos. Sin embargo,
- 15.—un empleo público es algo ocasional, lo principal es ser un buen ciudadano.
- 16.—Cada hombre, quiera que no, es un político, pues el Gobierno es el resultado de sus actos y no solamente de sus opiniones.
- 17.—El desarrollo del Estado, ha tenido siempre origen en la anarquía, pasando por el despotismo, por la oligarquía, ensanchándose en la democracia, y teniendo por fin el régimen representativo cuya base es el sufragio universal. ¡¡Pero cuántas naciones han caído durante la jornada!!
- 18.—Nuestras escuelas públicas han hecho la instrucción accesible a todos; la ignorancia es una desgracia.
- 19.—Los que hayan recibido un gran cultura deben ser los directores y mantener muy en alto sus deberes y derechos del buen ciudadano; si no, esa cultura superior será de ningún valor.
- 20.—Mis camaradas en el Colegio formaban muy serios proyectos; el que no los formaba no podía reunirse con ellos.
- 21.—La Instrucción debe dar no solamente la fuerza, sino también la dirección. Ella debe dirigir todos los actos del hombre; si no, no tiene valor alguno.
- 22.—La ciencia, por muy importante que ella sea, no puede dar una civilización capaz de mantenerse sin los ideales clásicos.
- 23.—El libro de los libros es la Biblia.
- 24.—El descontento en la industria moderna es el resultado de puntos de vista muy estrechos. Pues
- 25.—no es suficiente dar un oficio a cada ciudadano; nuestra organización industrial caerá, a menos que no se humanice.
- 26.—Es malo que la gran diversidad de materias que se enseña, reduzca la verdad a algo tan poco nuevo que no sea más venerada.
- 27.—Hemos perdido toda veneración para con el que enseña; la hemos depositado en el que estudia.
- 28.—El estado de profesor ha decaído en nuestra estimación como algo vetusto.
- 29.—La inspiración viene siempre de lo alto; y la difusión del saber se irradia de las universidades.
- 30.—El individuo puede hacer poco caso de los beneficios que vienen de las más altas instituciones de enseñanza, no así la sociedad, pues
- 31.—sin la enseñanza superior, la civilización, tal como nosotros la conocemos, se evaporaría en una noche.
- 32.—Que toda nuestra legislación tenga un solo fin: reconocer el derecho de cada cual a ser bien nacido, bien alimentado, bien instruido, bien empleado, bien pagado.
- 33.—Cuando se busca una elección como medio de existencia,

- la legislación no tarda en pasar de función pública a empresa privada. Pues
- 34.—el legislador tendrá tanto éxito, cuanto menos indulgente sea para con él mismo y cuantas pruebas de abnegación dé.
- 35.—La democracia no significa la negación del derecho divino de los reyes, sino la afirmación del derecho divino de todos.
- 36.—La democracia ennoblece no sólo al hombre, sino también a la industria, pues nos dirigimos hacia el día en que
- 37.—se honrará lo mismo todo esfuerzo, ya sea producto de oficina o de taller.
- 38.—La protección del individuo descansa en la base de la libertad anglo-sajona.
- 39.—La libertad no está distribuida; es un fin, que a pesar de todo no es accesible a ningún pueblo que no haya pasado por las etapas sucesivas que la preceden. Ella está lejos de ser un estado natural, pues
- 40.—lo mismo que no hay circunstancia alguna bajo la cual sea preferible vivir esclavo que libre, hay muchas circunstancias en las cuales es más fácil ser esclavo y así muchos han preferido tal esclavitud que cargar con las responsabilidades de la libertad.
- 41.—La sabiduría y la experiencia han aumentado nuestra admiración por la Declaración de la Independencia.
- 42.—La soberanía del ciudadano americano lo ha conducido irresistiblemente a la realización de su empleo, cualquiera que éste sea.
- 43.—Todos han considerado a Roosevelt como la realización del verdadero americanismo; él hacía llamamiento a la imaginación de los jóvenes y satisfacía el juicio de los hombres hechos.
- 44.—Lincoln era grande en su sabiduría, pero más en la humildad; fuerte en la justicia, pero más en la compasión; se hizo un director de hombres siguiendo la razón, y practicando el bien fué como venció el mal.
- 45.—Nosotros debemos estar amplios, firmes y profundamente convencidos de que el pueblo desea hacer el bien.
- 46.—Todos los hombres son iguales; el más humilde será el que llegue más alto. Pues
- 47.—este es el sendero de la igualdad ante la ley, de la libertad bajo la ley, es decir, la democracia.
- 48.—Los trabajos que duran son los que provienen del alma del pueblo.
- 49.—Nuestra bandera sobre todas las otras expresa la soberanía del pueblo cuando todas las otras desaparecen.
- 50.—Cada cual debe recibir la recompensa de sus servicios, lo mismo de los grandes que de los pequeños.
- 51.—No puede prosperar la industria donde languidece el trabajo.
- 52.—El bienestar del débil y el del fuerte son inseparables.
- 53.—Ni el dinero, ni las casas, ni las ventas producen satisfacción, pues
- 54.—la naturaleza espiritual del hombre exige algo de un orden más elevado a lo cual poder contestar.
- 55.—Sin victoria moral, cualquiera que sea el resultado de las batallas, no hay lugar donde poder establecerse.
- 56.—La historia debe ser estudiada y aplicada, no con el fin de defender la reacción, sino porque ella es la única garantía de un verdadero progreso.
- 57.—La ley debe descansar sobre el eterno fundamento del derecho,
- 58.—El hombre descubre las leyes, pero no las hace.
- 59.—Las leyes no hacen las reformas, pero las reformas hacen las leyes.
- 60.—El dinero no compra ni las conciencias ni un buen gobierno, pues la medida del éxito no es la mercancía sino el civismo.
- 61.—Lo más importante consiste, no en saber exactamente dónde nos encontramos sino saber exactamente hacia dónde nos dirigimos.
- 62.—La facultad de pensar es la más importante en este mundo.
- 63.—No es completa la celebración de un cumpleaños si se ha olvidado a la madre.
- 64.—Si el saber se emplea para el mal, la civilización se suicida.

ARTHUR MAC DONALD.

El nuevo idioma castellano

Carta al hispanista James Fitzmaurice-Kelly

Advertencia

«Un manifiesto» ha dicho de las páginas que siguen mi amigo, el admirable Sanín Cano. Pero no; sólo pretenden contribuir con su homenaje de pasión y verdad a la liberación actual del castellano. Recibí o solicité de algunos compañeros ilustres las cartas que publico al final del libro (1), para amparar con su afectuosa autoridad, mi furia española. Cada generación debe trucidar a los académicos a fin de no envejecer muy pronto...

A despecho de mil victorias juveniles, los *magüeristas* no mueren. Así se llamaba antaño a los escritores anticuados que empleaban la palabra *magüer* con su solemne diéresis. Los hubo en todas partes, pero en ninguna prosperaron como en España.

Montesquieu aconsejaba ingeniosamente en el siglo XVIII a las personas asmáticas la lectura de la larga frase de los jansenistas. El y Voltaire acabaron con el período irrespirable de Bossuet, para dar a su lengua vivaz ese breve garbo, esa ductilidad nerviosa que contribuyeron tanto a la difusión de la literatura francesa. Los literatos españoles y americanos que pretendemos aligerar la antigua frase académica y jansenista, no escribimos tampoco para personas asmáticas.

La batalla continúa...

V. G. C.

P. D.—Fué escrita y publicada en francés esta larga carta en la revista *Hispania*, de París (octubre a diciembre de 1922). La ha traducido al castellano uno de los más finos escritores de América, León Pacheco.

QUERIDO maestro y señor mío:
En su último libro (2), lleno de conceptos ingeniosos y de escarceos sabios, como lo son todos los suyos, me hace usted el honor de consagrarme algunas líneas de elogio; pero su pluma lleva algunas veces—así las flechas de los indios en mi tierra—una menuda extremidad envenenada. Me llama usted «un maestro del rápido estilo afrancesado» (*a master of rapid Gallicized style*), y heme aquí gravemente herido. Es ridículo hablar de sí; pero podemos ampliar el debate, como se dice en las Cortes. Porque se trata de una revisión de toda la literatura española contemporánea. No ignora usted que en los antiguos torneos era a menudo un incógnito caballero quien venía a sustentar la honra de la castellana desvalida.

¡Cuánto siento que usted no haya definido ese estilo rápido a cuya simple enunciación se estremecen de horror los conservadores de viejos clichés! «Es un galicista», decíase antaño en nuestra España, mostrando con el dedo al perdulario que tal dictado infamante merecía. Hoy mismo, el sacristán mayor de las letras castellanas, el pobre Ricardo León, exclama rabiosamente: «¡Dios nos libre de españoles traducidos al gabacho!» Cuando un precursor de la crítica española como don Juan Valera examinaba los primeros libros de Rubén Darío, que iba a revolucionar la literatura de España, lo hacía con displicente ademán de inquisidor perdonavidas. Todo esto ha cambiado por completo. Los maestros de hoy, aquellos que cuentan, por lo menos, son, como usted diría, galicistas. No tienen recelos de escribir en esa lengua

Para mi querido García Monge, animador y propulsor de toda campaña generosa, rogándole que ensanche esta encuesta sobre el castellano.

V. GARCÍA CALDERÓN.

directa, lógica, leve y simétrica que halló su fórmula inolvidable hacia 1830 en tan eminente afrancesado como Larra. No quiere usted confesar que hay algo de podrido en Madrid, y en las últimas páginas de su *Manual* falta la frase del Dante: *Incipit vita nova*.

* *

Todos conocemos en París especialistas que fabrican fácilmente primitivos o Grecos. Se pretende, pues la malicia humana es infinita, que uno de los más hermosos cuadros de la antigua escuela española se debe al hábil pincel de uno de nuestros modestos contemporáneos, que ha querido conservar su anonimato. Parece que tal obra maestra está en el Museo del Prado—bien colocada—lo que no llega a sorprenderme. Más peligroso es que ciertos miembros de la Academia Española estén haciendo, sin temor de ir a prisión, bajo su firma, detestables copias de los clásicos.

En el primer caso, no se ha engañado sino al director del Museo—justo castigo, pues no conocía bien su oficio—pero es a la juventud a quien se engaña constriñéndola al plagio obligatorio. Durante siglos España padeció tal añoranza de su sublime pasado literario que quería embalsamarlo por cariño. En China, según dicen, hubo mandarines condenados a muerte porque olvidaron una coma de oro en el sagrado texto. En España, si no se escribía a la manera de Cervantes, el peligro era casi tan grande. En el país de los pronunciamentos nadie los llevaba a cabo contra el lenguaje.

Quisiera, pues, querido maestro, pasearme con usted a través de la literatura española, que conoce usted a maravilla, para probarle—¿es acaso pretenciosa esta palabra?—dos cosas importantísimas:

Primera. Que el lenguaje simplificado, de frases cortas, no es tan afrancesado como usted parece creerlo, y pudiera ser, a despecho de mil apariencias, una expresión muy española.

Segunda. Que, a pesar de dos siglos lamentables y una intermitente inclinación a los peores preciosismos, el español vuelve siempre a su clasicismo peculiar (1).

En esa excursión veremos juntos cómo ciertos hermanos menores de Sancho Panza, más divertidos que el manchego, los héroes de la novela picaresca, inspiran siempre simplicidad popular y afición por todo lo humano al quijote literato que sobrecarga las frases, que prefiere los abstrusos giros y las hechizadas fórmulas de nuestro mago lírico don Luis de Góngora.

(1) En el libro que preparo—ampliación del presente estudio—sobre los destinos de nuestro idioma, resumiré la historia del lenguaje español estudiando la curva de su armonía desde la prosa de *La Celestina* y el verso de *Las mocedades del Cid*. ¡Curiosa historia de música! El instrumento perfecto estaba ya en la vieja tragicomedia, y hay discursos de Pleberio y de Melibea que podrían llevar la firma de Valle Inclán. Mas ya «aquella gravedad casi divina» que elogiaba un comentarista de Herrera, va a costarnos cara. Estudiaré en los tratados de retórica y en el acervo literario dos estados de alma que parecen excluirse completándose: el temor al lenguaje de todos y la desconfianza de la armoniosa simplicidad; las críticas sobre Garcilaso y Rubén Darío nos parecerán de la misma época. Cuando Herrera defiende a Garcilaso otorgándole el derecho de traer al uso voces extrañas y nuevas en siendo «magníficas, numerosas y de buen sonido», pensamos en

(1) V. García Calderón: *El nuevo idioma castellano*. EDITORIAL MUNDO LATINO, Madrid. 112 pp. en 8º

(2) *Spanish Literature, A Primer*. (Oxford, 1922).

¿Me permite usted un pequeño paréntesis de psicología de los pueblos? Se nos ha dicho con tesón que España es romántica. Entiéndase por ello el individualismo cerrado, la aversión a las imposiciones («regla de tres unidades» que los españoles desecharon antes que nadie), el desorden en los sentimientos, no desprovisto de belleza, la improvisación continua (cuando un español se pone a escribir—ha dicho Ganivet—no se sabe si va a hacer una obra maestra o un mamarracho); la afición a la realidad, que no siempre llega a purificarse, pero conserva inmortal sabor hasta en la exageración soez del buscón don Pablos.

Este es el panorama; ¡pero cuántas cosas quedan por retocar! Durante siglos, el español que leyera a Aristóteles y más tarde a Boileau, desconfía de sí mismo y de su genio. Su genio no siempre es aristocrático, pero la literatura lo es aún: las palabras que no provienen del latín, los giros populares, enfurecen a los puristas. Hallamos desde los comienzos espíritus de tendencias nobiliarías que oponen giros afectados al lenguaje simple de la parroquia. En la más admirable obra maestra de España, a mi gusto, *La Celestina*, se advierte ya el contraste: el más rápido, el más adorable de los lenguajes, cuando son la alcahuetta o los criados quienes charlan; el tono de orador latino cuando se lamenta el padre noble, con la grandeza acompañada de Manrique. Notad cuán poco estiman los escritores de la época las farsas tituladas *Don Quijote*, *El Buscón*; sólo el éxito popular y la posteridad apelarán de tal fallo patricio. Cervantes y Quevedo no están orgullosos, como quisiéramos, de haber escuchado las reflexiones de la santa canalla; en nuevos libros procurarán mostrar, siguiendo la corriente, que son capaces de escribir con distinción y ornato, según las pomposas reglas de entonces.

Mirad el reverso de la medalla. En la raza española existe, desde Séneca, la preocupación del habla elegante.

los neologismos elegantes del poeta de Nicaragua. Son dos momentos patéticos del español. Otra vez hemos buscado la dulzura perdida; para hallarla mejor y más recóndita, volvemos a extrañarnos por las selvas de las alegorías hasta que sólo Góngora y los ruseñores puedan comprendernos. Acabamos de italianizar con mieles de Petrarca la lengua recia cuando ya un comentador de Herrera nos advierte «que los modos de decir en las obras poéticas an de ser escogidos i retirados del hablar común». Si el mismo Herrera vuelve al desusado y alto canto es para comenzar a escribir con los preciosismos de ciertas obras umbrías del gran Leopoldo Lugones. Si nos alejamos del hablar común, nuestra lengua enrarecida llega muy pronto al jeroglífico; pero la simplicidad también se llama Saúcho. Para libertarnos de la jerigonza o del pedestre refrán, es preciso que vengan, cada siglo, poetas de Italia, de Nicaragua o de París de Francia.

De esta carta han hablado ya: Gómez Carrillo, Sanín Cano, Hernández Catá, García Sanchiz, M. de Toro Gisbert, León Pacheco, Francisco García Calderón, A. Zérega Fombona y Armando Donoso.

Quisiera el REPERTORIO AMERICANO oír otras opiniones. Se atreve a solicitar las de algunos de los escritores de América y España que lo reciben y leen a menudo. La lista es larga, si fuéramos a trasladarla toda. Para el caso, valgan unos cuantos nombres:

A. Reyes, J. Vasconcelos, Antonio Caso, Mariano Silva y Aceves, Xavier Icaza, Julio Torri, Genaro Estrada, J. de la Luz León, Félix C. Lizaso, Dr. E. J. Varona, Jorge Mañach, E. Roig de Leuchsenring, José María Chacón y Calvo, Emilia Bernal, P. Henríquez Ureña, Max. Henríquez Ureña, C. Coll y Cuchí, Rafael Arévalo Martínez, C. Wild Ospina, Froylán Turcios, Raf. H. Valle, Alberto Masferrer, N. Altamirano y Viera, Presbítero Pallais, Salomón de la Selva, R. Brenes Mesén, Rómulo Tovar, Rafael Cardona, Alejandro Alvarado Quirós, O. Méndez Pereira, A. Nieto Caballero, Eduardo Santos, Ramón Vinyes, Germán Arciniegas, Guillermo Valencia, Armando Solano, A. Restrepo Gómez, C. E. Restrepo, Cornelio Hispano, Santiago Key Ayala, Ml. Díaz Rodríguez, R. Blanco Fombona, J. Austria, Jesús Semprum, Gonzalo Zaldumbide, Edwin Elmore, A. J. Ureta, A. Bellaunde, R. Jaimes Freyre, Franz Tamayo, Alcides Arguedas, Pedro Prado, Enrique Molina, Eduardo Barrios, Gabriela Mistral, Dr. R. Lenz, Francisco Contreras, J. Ingenieros, A. Nin Frías, Leopoldo Lugones, R. A. Arrieta, Ricardo Rojas, A. Gerchunoff, Leopoldo Díaz, R. F. Giusti, M. Gálvez, Ml. Ugarte, Natalicio González, Manuel Domínguez, Juan E. O'Leary, Hugo D. Barbagelata, Dr. C. Vaz Ferreira, Juana de Ibarbourou, José Moreno Villa, Eugenio D'Ors, José Ortega y Gasset, R. Pérez de Ayala, Federico de Onís, E. Díez-Canedo, Antonio Espina, Ed. Gómez de Baquero, Azorín, R. Gómez de la Serna, Juan R. Jiménez, C. Rivas Cherif, Miguel de Unamuno, Ramón del Valle-Inclán, Luis de Zulueta, Américo Castro, Gabriel Alomar, Luis Araquistain, Pío Baroja, José Bergamín, Antonio Marchalar, Ramiro de Maeztu y Antonio Machado.

Aprovechamos esta ocasión para declarar que faltan en la lista de envíos del REPERTORIO algunos escritores hispano-americanos importantes de que no tenemos las señas. Que nos las den, si quieren recibirlo.

Tendremos, a través de los siglos, excelentes latinistas, que no escriben sino a pesar suyo en español, cultos joyeros de la prosa damasquinada, maestros de musical secreto, como Góngora; escultores de la medalla verbal, como Gracián; reyes de armas del honor de los ricos, y, como Calderón, poetas metafísicos. En una palabra: escritores solemnes, semejantes a esos hidalgos que arrastraban la espada por las pinas callejuelas de Castilla la Gris. ¡Cuidado! El pueblo está hablando, a pesar de todo, por la boca indecente de estos *graciosos* del teatro, que van a decirnos las verdades, como bufones que abandonaron la Corte. ¡Santa canalla, que tiene el diablo en el cuerpo, y cuánto ingenio! Es un lacayo como Juan Jacobo Rousseau quien se fiska de la rigidez ambiente; es *Fígaro*, que emigra y va a ser figurante de la Revolución Francesa; pero me extravió en la política...

Volvamos a este realismo que desinfla odres hinchados, a este Sancho que nos lleva a la humilde tierra de los asnos. Un primer galán de Calderón, uno de esos pasmados cortejadores, ridículos y tan simpáticos a la vez; un Tenorio maganto que sabe morir de amor y de mil maneras zurce ya sus madrigales complicados de jesuita, cuando su humilde escudero le recuerda con una carcajada que no estamos en el famoso «país del terno». Mientras los místicos repiten en su roca estéril la queja romántica de Job, escuchad al farsante demócrata, al manso ladrón y al buen estoico que los novelistas llaman *pícaro*. Las dos familias, las dos grandes especies, se codean y se entienden, porque a menudo, como en el alma española, don Quijote sabe de malicias y cualquier Gil Bias no carece de grandeza. ¡Qué le vamos a hacer si tal mixtura desconcierta a la crítica extranjera!

Comienza desde antiguo la vena burlesca y popular, el realismo desvergonzado que suelta soeces contra toda cosa patricia. La misma poesía, el arte sagrado, comienza allí por boca de los humildes: el primer gran poeta español, el Arcipreste de Hita, no desdeñaba escribir para los mendigos canciones que ellos repiten en las ferias o en el pórtico de las iglesias pueblerinas. Quizás la canción es pimentada; pero el humilde artesano que la canta graba entonces en la piedra del templo la verdad escabrosa que a nadie ofende en la Edad Media. Los ciegos son en España trovadores humildes, como los protagonistas de la novela picaresca parecen héroes fracasados. El lirismo es popular allí y las *coplas* anónimas nos prueban que la vena local nunca se agota.

¿Por qué se aleja el escritor de esta gracia estelar y de este don inocente? ¡Ay!, tiene razón a menudo, y aquí nos sorprende un misterio peninsular. En el pueblo

espontáneo por excelencia todo tiende a cristalizar en fórmulas muertas. Se diría que las aguas petrificantes de Oriente forman en torno de toda imagen su mortaja de luz. En ninguna parte sino en Egipto las momias conservan tan subido color; en ninguna parte la realidad que pasa halla tan pronto su expresión vitalicia. La sabiduría popular queda acuñada en los proverbios que resumen la experiencia de la raza ambulante. La expresión de cualquier pena del corazón está ya clavada con siete puñales en una de esas *coplas* desgarradas que resumen lamentos nuevos con tan antiguas palabras. Sentimiento, escena, paisaje, todo fué ya catalogado por los miembros de la Academia Española, que escriben de la misma manera, con las mismas perífrasis, pues trabajan en los Archivos nacionales: los maestros del Siglo de Oro. Pero frente a esta guardia civil con sombrero de hule están los jóvenes guerrilleros, que apuntan bien; está *Fantasio*, que le toma el pelo al señor Prudhomme.

Me replicará usted que los jóvenes han roto con la tradición. ¡Canastos! Son tan españoles como el que más. Hermoso desorden, libertad: he ahí su consigna, que es guerra política desde los tiempos de Larra. La disciplina no fué nunca española; la perfecta simetría del pueblo de arquitectos, que es Francia, le importa poco. (Recorremos que Ignacio de Loyola era vasco: sentido de la jerarquía, rigor lógico, frío domoñar de la pasión; todo ello produce en nuestra España la sensación del extranjero.) Allí cualquier literato en un Campeador que

(1) *La Póetica o reglas de la poesía en general y de sus principales especies*, por D. Ignacio Luzán (Zaragoza, 1737).—¡Cuán triste es tener razón con los pedantes! Confesemos que esta *Póetica* tan burlada está llena de sensatez. Luzán, fiel discípulo de Aristóteles y de Boileau, no puede comprender los desvíos del genio español, que desecha durante los grandes siglos las convenciones de la tragedia, hasta el punto de que un personaje sea, como en la burla de Boileau, *enfant au premier acte et barbon au dernier*. No comprende que nos riamos, como Shakespeare, de la exactitud geográfica y cronológica si la verdad humana no quedó defraudada. Los personajes de una comedia de Calderón o de Lope, ya estén en Viena, en Hungría o en la Grecia antigua, «parecen—nos dice Luzán—más bien españoles de nuestro tiempo que hombres de naciones tan diferentes». Un personaje de la antigüedad, mienta la pólvora y las balas; una pieza de Lope de Vega consta de tantos personajes, que el orden clásico está abolido.

Aplaudimos hoy este realismo precursor que desconcertara al tímido Luzán. Mas ¿cómo no darle la razón cuando hablando sin saberlo, en nombre del idéntico realismo, condena a las heroínas de comedia que «hablan con más erudición y elegancia de lo que es natural», a los personajes que son invariablemente «enamorado y valientes» y que, en medio de celos y cóleras, saben urdir tales sutilezas que privan a sus pasiones de todo crédito? A Luzán le chocaba el contraste arbitrario del primer galán español, cuyo papel es siempre severo, con su criado, que parecía tener la exclusiva misión de hacer reír. (Los pobres no tenían derecho a ser desgraciados, puesto que estaban fuera de los complicados ritos del honor clásico.)

Las observaciones del autor de la *Póetica* sobre el lirismo de su país son certeras y actualísimas. Dice (¡como Verlaine!) que la poesía española degeneró con la elocuencia. Cita a Boscán, a Manrique, a Santillana, a Gutierre de Cetina, a Garcilaso, los «padres de las Musas españolas», cuya influencia continúa hasta el siglo XVI. Un día, «yo no sé por qué fatal desgracia», la poesía degeneró en una «hinchazón enfermiza y en un artificio afectado». «A mi parecer—agrega hablando de Góngora—, su locución es del toda nueva y extraña para nuestro idioma». «Florecieron en España—dice Luzán—grandes y agudos ingenios, pero no siempre se hallan unidos el ingenio y el juicio». ¡Gran decir!

Pero el academismo que Luzán exalta no es acaso compatible con la ardentía española, y un clasicismo demasiado francés sería para nosotros una escuela de trivialidades. Entre el dinamismo de la raza y esta sensata escuela francesa, impregnada de razón hasta el lirismo; entre nuestro desorden «belfegoriano», que mezcla los géneros empapándolos de poesía invencible, y el racionalismo de estos podadores profesionales, que encuentran a Verlaine demasiado nórdico, cabe tal vez un clasicismo perplejo, que no reniega de ninguno de los antiguos hallazgos espléndidos, pero que quiere detener, en las orillas del Hades sombrío, a todos los mágicos prodigiosos...

conquista a su manera y nunca sofrena a su Babiaca. El mismo Luzán, autor de la famosa *Póetica*, lo declaraba con cierta melancolía⁽¹⁾. Pero siempre aspiramos a lo que no tenemos, y el español busca la disciplina que le falta retorciendo y martillando la materia verbal, como los orfebres árabes inscriben versículos del Corán en la espiral de un lampadario.

Cada cual es clásico a su manera... La inestabilidad de una fuerza tumultuosa que no siempre sabe hallar el equilibrio y llega a la sequedad por el camino de la abundancia, es el tormento español. Calderón y Lope de Vega, en ciertas jornadas de sus comedias cultas; Góngora, que refina el orgullo de ser incomprendido hasta perderse en la tempestad tenebrosa de sus *Soledades*: he aquí las cumbres de lo abstracto, el mal gusto doloroso y las metáforas que ciegan los ojos con el fuego de mil espejos simultáneos. Por alejarse del lenguaje común se llega a tal hermetismo. La misma frase de Cervantes, piedra de toque de la prosa española clásica, no conserva su inmortal encanto sino en las *Novelas Ejemplares* y en *Don Quijote*. En otras obras la entumece el desmayado italianismo o la desfigura el lenguaje culto.

Ello no quiere decir, querido maestro, que el equilibrio no exista en España. Ejemplos son de perfecta maestría la ya citada *Celestina*, los Argensola, Fray Luis, Garcilaso y Quevedo. Pero son excepción mudable y perecedera. Además, un «estúpido» siglo XVIII empeñó esta gloria sin par. Cuando llegamos a la vida literaria en el siglo XX nos presentaban por modelo la prosa trivialísima de Pérez Galdós, las sinuosidades barrocas de Juan Valera y de toda una cáfila agarena de escritores que ahogaban, en períodos muy largos, un pensamiento muy breve. ¡Cuán anciano era todo en ellos: las ideas y el vocabulario! Un *Deus ex machina* fué entonces, en la tragedia española, la llegada de Rubén Darío a Madrid. Ya reproché a usted oportuna y amistosamente que no se hubiera asimilado bien esta renovación de valores espirituales. No puede conocer exactamente la literatura española si no está al tanto del renacimiento de nuestra América. Un indio vigoroso y genial demostraba irrefutablemente la influencia de las antiguas colonias sobre la metrópoli. ¡Todo ha naufragado, señor mío, y cómo aplaudiría Larra este naufragio!

España se alejaba de la gracia helénica y ahora vuelve sus pasos al Acrópolis. A los pedantes, a los oradores de la prosa cuyas frases tienen la extensión de una página, suceden los *Azorín*, que respiran mejor. Valle-Inclán puede hacer alarde de la simplicidad armoniosa y fuerte de un Greco más alegre, sin afectar el casticismo rocalloso del horrible Pereda. Lea usted a los jóvenes, señor mío, que tal vez conoce mal, puesto que no los cita usted con exactitud, y verá que un Gabriel Miró, un Gómez de la Serna, un Jacinto Grau, un Hernández-Catá y un Enrique Díez-Canedo, por citar sólo a unos cuantos, pueden escribir en estilo bien cortado, elegante y nervioso, sin olvidar su sintaxis y su vocabulario. También son partidarios del «estilo rápido», sin creer por eso que la lentitud del período—y de Gracián, ¿qué hace usted?—sea una fatalidad del español.

VENTURA GARCÍA CALDERÓN

(Concluirá esta Carta en la entrega próxima).

Obras de Alfonso Reyes

Hemos recibido para la venta 10 ejemplares de cada una de las siguientes:

El Plano Oblicuo Precio \$ 2.50
Simpatías y Diferencias (Cuatro series) Precio de cada serie \$ 2.50

Patria

(De La Noticia, Managua.)

EN una casa principal, de familia rica, de las católicas según la creencia de los hombres, servía como criado un niño de 12 años llamado Julián. Se llamaba Julián, como hubiera podido llamarse Tranquilino, Gervasio, Marcial. No a todos los niños les andan escogiendo sus nombres. Su apellido, si lo tuvo, nadie pudo ni quiso averiguarlo.

Era Julián huérfano de solemnidad, por los cuatro cuarteles de su escudo, con mayúscula, completamente huérfano, uno de aquellos que nuestro señor llama parvulillos y mínimos, uno de aquellos que, ¡oh sustitución! hicieron que saliese de los Divinos Labios la más silenciosa palabra de la historia universal: «Y todo lo que con uno de estos mínimos y parvulillos hiciéreis, conmigo lo habéis hecho».—Sustituyendo, esto es, poniendo a Cristo en vez de Julián, la ecuación se resuelve, yo no digo cómo.

Julián se llamaba. Su nombre era su tesoro, lo único que tenía. Su nombre no se había gastado, sin embargo. De ser cierta una teoría de los ecos que leí no sé dónde, ya no me acuerdo cuando, en aquella casa de malos ricos, un oído hiperfísico pudiera oír en las altas horas de la noche; ¡an! ¡an! ¡an!, porque en aquella casa, en la mañana, al mediodía, en la tarde, en la noche, a todas horas, siempre, sólo se oía decir: ¡Julián! ¡Julián! ¡Julián! El padre, la madre, el señorito que vuelve del Instituto, la niña pelo corto que estaba semi-interna en el colegio de las monjas, el tenedor de libros, el chauffeur, el administrador, la costurera, y siempre en modo imperativo, jamás en optativo y subjuntivo, todos en aquella casa gritaban: ¡Julián! ¡Julián! ¡Julián!

¿Y para qué le llamaban? Pues para que hiciera todo lo que los demás no querían hacer, todos los trabajos pesados y desagradables. Ya le encontraremos un apellido: Julián Hace Todo. Julián Multiplicate. Los griegos hubieran dicho: ¡Julián Pas, Pasa, Pan!

Julián no sabía leer desde luego. No sabía escribir. No había hecho su primera comunión. Simpático, inteligente, leal, bueno, limpio, si no lo hubiesen mirado como a cosa, hubiera... pluscuamperfecto de subjuntivo y «el segundo es semejante al primero», amarás a tu prójimo como a ti mismo.

¿Y cuánto le pagaban? He conocido muchos Julianes, Tranquilinos y Gervasios que, «entregados» dicen en Nicaragua, leed esclavos, sirven de balde, a la mayor gloria de Dios. A nuestro Julián se le pagaba un córdoba. Un córdoba al mes. Así pues, para exigir de a legua, para pagar de a pulgada. Cómo entonces comprendemos la palabra del Apocalipsis: «¡Ven Señor Jesús, ven! ¡Así sea!» Como no ha venido todavía, por eso se le dice: *ven!* Sustituyendo, esto es, poniendo a Cristo en vez de Julián, se resolverá la ecuación, yo no digo cómo.

Después, como quien sale de Scyla para caer en Caribdis, Julián fué soldado y conoció la vida mala, peor y pésima de nuestros cuarteles y campamentos, hasta que un hermoso día, en guerra maldita de conservadores y liberales, para que surgiera otro gobierno burgués, enemigo nato de todos los innumerables Julianes, Tranquilinos y Gervasios, nuestro Julián, digo, cayó herido de muerte. *Infelix ego homo!* Al hospital, pues, y mañana al anfiteatro.—Pero antes que mueras, hermano parvulillo y mínimo, quisieras decirme al oído, ¿qué cosa es la Patria? Y Cristo, ¡divina sustitución! hablando por Julián, me dijo: La Patria es el lugar de la justicia. Y enton-

ces mi comentario fué la palabra de San Pablo: «No tenemos aquí ciudad permanente». *Nos habemus hic manentem civitatem.*

A. H. PALLAIS, Pbro.

León, Nicaragua, setiembre de 1924.

El Sermón del Monte

A don OMAR DENGÓ,
afectuosamente

MÁS blanco que los lirios y las nieves; más suave que las nubes y la risa de los niños; más hondo que el alma; más bello y luminoso que todas las constelaciones, surgió el más hermoso poema que hayan oído los hombres: el Sermón del Monte.

Aquella página de honda trascendencia y de lumínica blancura, brotaba de labios del Profeta, en palabras, suave y sencilla como flor del camino. Y era la más grande y profunda doctrina que escuchaban los hombres, de Aquel que la practicaba, que la imponía con el ejemplo.

De aquel espíritu iniciado en todos los misterios divinos, torturado por el dolor humano, casto y resplandeciente en su pureza, como una fuente límpida y como una estrella. Era el Maestro de Amor, quien decía las bienaventuranzas con lenta y dulce voz. Dijo también en la misma ocasión: «Amad a vuestros enemigos; bendecid a los que os maldicen; haced bien a los que os aborrecen y orad por los que os ultrajan y os persiguen». (San Mateo). Y eran sus palabras grandes rosas irisadas en la luz de su espíritu, que amó el dolor de todos los hombres y que consagró su vida al más noble sentimiento: el perdón.

Ebrio de bondad, mago de todos los arcanos, comprendía, sentía la múltiple gestación del alma humana. Sereno, con la serenidad que comunica la oculta sabiduría, su amor tuvo una finalidad: el sacrificio. Oh epopeya de la cruz, martirio de la carne, menos doloroso que el del espíritu, que macerado, se desgarró en sangre y en lágrimas y se hizo luz y brilló como una aureola por sobre la humanidad—que ahora está ciega porque el mismo fulgor de ésta luz le hirió los ojos.

Vinieron después Lucas, Mateo y otros; hablaron de Ti y mostraron tu insignia y fueron por todos lados, propagando la fe de tu doctrina. Luego apareció Juan, el visionario, el discípulo que más cerca estuvo de Ti y de Oriente a Occidente estremeció el alma de la humanidad con sus terribles visiones apocalípticas. Todos pasaron.

Ahora, en este siglo, la humanidad no te conoce, oh Jesús! profeta, maestro de amor y de perdón! El mundo ha olvidado tu doctrina; el cristianismo está profanado. La mezquindad humana es emperatriz y los sentimientos groseros de la carne dominan el mundo. Tu reino es de un reducido grupo de espíritus que van hacia La Luz!

Aquella vez dijiste: «No arrojéis vuestras perlas a los puercos, porque las hollarán». Eso se ha cumplido a través de muchos siglos, en la vasta mayoría de los hombres: han hollado tus perlas de fulgor divino, con planta de monstruos. Pero previéndolo así, tuviste para éstos, por inconscientes, la rosa de una bienaventuranza en tu grandioso Sermón de la Montaña!

CLARA DIANA

Octubre 1924.



La razón del iluso

(De *La Voz*, Madrid.)

TENGO sobre mi mesa la colección de la *Ilustración Francesa* de los años de la gran guerra, desde 1914 a 1918. Incomparable documento gráfico, sus miles de fotografías y de dibujos constituyen para mí una evocación dolorosa de aquellos años de emoción y fiebre.

También tengo sobre mi mesa una traducción francesa del último libro de Rabindranath Tagore: *Nacionalismo*. Rabindranath Tagore, en esta obra, se revuelve contra Europa. La ve hosca, erizada, envidiosa, recelosa. Todavía, cuando acabó de escribir *Nacionalismo*, no se había celebrado la Conferencia de Londres, primer esfuerzo serio hecho desde el Tratado de Versalles en pro del verdadero restablecimiento de la paz.

Y en *Nacionalismo* Rabindranath Tagore escribe:

«Después de siglos de civilización, viendo cómo las naciones se temen mutuamente como las bestias salvajes que cazan en la noche, cerrando las puertas a la hospitalidad, no combinando sino proyectos de agresión o de defensa, ocultando en sus agujeros sus secretos de comercio, de Estado y de armamento; robándose hipócritamente, ¿es que en todo ese espectáculo hay algo que puede dar envidia a nosotros los orientales? ¿Debemos arrodillarnos ante ese espíritu nacionalista que siembra por todo el mundo el temor, la sospecha, la avidez, las mentiras desvergonzadas de la diplomacia y las mentiras monstruosas de las promesas de paz?»

En la colección de la revista francesa que tengo delante puede verse como un resumen del espantoso calvario que padeció la Humanidad durante la gran guerra. Se suceden los grabados de bombardeos, de incendios, de ciudades destruidas, de barcos yéndose a pique, de hospitales de sangre, de campos cubiertos de cadáveres, de trincheras en que acecha, tembloroso, el centinela; de alambradas donde quedaron traspasados cuerpos palpitantes, sobre los que vuelan los cuervos; de entierros, de zeppelines ardiendo en los aires, de aeroplanos estrellados contra el suelo, de bosques cuyos árboles alzan los muñones de sus decapitados troncos.

Y alternando con ellos, los trágicos dibujos de los artistas corresponsales, de Matani, de Scott, de todos los que con mano febril, ante el horror de la lucha, sorprendieron el gesto del combatiente, la caída del soldado en plena carga, la explosión del proyectil enemigo, la mueca del moribundo, el asalto con bayoneta, cuchillo y granada en mano; la invasión del gas asfixiante, la pelea absurda sobre los barroes sangrientos de Flandes o sobre las nieves de los Cárpatos...

¡Más de cuatro años así!... Cada dos o tres meses los estados mayores exigían un nuevo esfuerzo. Y las naciones, obedientes, enviaban nuevos rebaños, donde se confundían los casi niños y los casi viejos, y las madres veían estremecidas cómo sus muchachitos crecían, cómo se aproximaban a la edad de la conscripción, al momento de ir a los frentes insaciables, voraces, nunca hartos de carne joven y fresca...

Y Rabindranath Tagore, el dulce poeta todo amor, termina diciendo:

«El velo ha sido levantado. El Occidente está hoy cara a cara con su propia obra.

«Han de nacer de sus hijos otros que querrán ser los hijos de Dios y no los esclavos de la máquina.

«El Occidente comprenderá que sobre la mercancía que se vende está el alma que no se vende.

«¡Soñador! Yo sé que esto me llamarán los que no me comprenden.

«Pero un día en que en las afueras de Yokohama yo miraba cómo el sol se hundía en el mar del Sur, la música de la Eternidad sonó susurrante en el silencio del crepúsculo, y sentí que el cielo y la tierra, y la muerte del día, y el lirismo de la aurora, son para los poetas y los idealistas y no para esos otros...»

Sueño la paz... Eso aseguran los hombres graves, los hombres que abominan de las utopías, los hombres que hacen números y programas políticos.

Pero yo, viendo los grabados y dibujos de la *Ilustración Francesa*, desgarradores y feroces, he vuelto los ojos al libro de Rabindranath Tagore, y he pensado en que los poetas, los idealistas, son los únicos que tienen razón...

FABIAN VIDAL

Un cuartelazo y un manifiesto

NO, Pedro Prado; no, Eduardo Barrios y compañeros: eso del Gobierno militar de Chile no puede ser, y menos puede ser con el aplauso de vosotros, echado a los vientos de la opinión de América en un flamante manifiesto prestigiado con las firmas vuestras, artistas y pensadores de ese país.

El artista y el pensador son un poco filósofos, deben ser un poco filósofos; y éstos, de Platón a acá, y antes de Platón, han tenido que estar contra esas subversiones del orden normal de los países.

La espada siempre es cruel y es ciega; Napoleón pudo inspirar un Código, pero cuando, al frente de su ejército, levantó su espada, sólo brotaron de ella llamaradas de odio. América solamente puede ver sin temor, antes con devoto recogimiento, la panoplia que guarde las armas de sus libertadores, fundadores de pueblos: Bolívar, Sucre, San Martín, pues que las otras—¿a que nombrar los caciques que fueron y que son?—apenas han servido para llenar de luto y deshonor el Continente que debió ser el refugio y el teatro de la libertad del mundo.

Dentro de la vida regular de las nacionalidades, la espada nada puede construir: su mandoble es zurdo y desacertado y la cruz que ostenta en su empuñadura, es la cruz de una religión que ya en este siglo no debía tener creyentes: la religión de la violencia.

Alessandri pudo ser malo, pésimo pudo ser su Gobierno; su gestión política pudo ser ineficaz, pero el cuartelazo o el pronunciamiento militar o el triunfo de las espadas, es peor que todo eso; aquel era el riachuelo que en vez de fecundar tierras fértiles, pongamos por caso, se perdía en un arenal árido y yermo: bastaba con desviarlo; este es el torrente despeñado que barre a su paso cuanto encuentra y siembra por doquiera el desconcierto y el espanto.

Y luego el contagio en la vida republicana de todos estos países hermanos que se estaban acostumbrando a ver un ejemplo de cordura y cívica disciplina en Chile! Decididamente, el militarismo sigue siendo el enemigo de la civilización en todo el orbe, y en América, la más robusta fuerza retardataria para la evolución gradual de nuestras democracias.

Después de todo, preferimos estar con los Alessandri vencidos y desterrados, representantes del poder civil, que con los Altamiranos triunfantes y ahora aclamados, por los artistas de su país,—personeros de la casta militar; el poder civil volverá por sus fueros sacando energías del propio corazón de su pueblo, mientras el militarismo se hundirá—y ya por siempre—entre el bronco ruido de sus armas, que semejará a distancia un restallar de cadenas que se rompen.

J. ALBERTAZZI AVENDAÑO

San José, C. R., Nov. 224.



LA EDAD DE ORO

68.—La hoja
de trébol.

A Lilia González

Cuando los niños pidieron un cuento, Juan Silvestre les narró éste, sin reflexionar que no tenía pies ni cabeza:

El padre de Pascualillo había hecho la casa en el lindero del bosque. Era una sencilla habitación de madera, muy limpia eso sí. Ya imaginaréis que por las ventanas y puertas entraba un aire que olía a cosa bendita. El bosque era para el niño una continuación de su hogar. Conocía todos sus rincones y en más de una ocasión se llevó una buena tunda por no asomar la nariz en casa en todo un santo día, gastado en subir y bajar árboles o andurrear con el vagabundo arroyo que antes de salir al claro, daba mil vueltas y correteos bajo la umbría como si le doliera abandonar aquel recinto. Al ser castigado por estas correrías, en su pensamiento había una confusión, algo así como si los golpes dados fuesen por andar en la sala o en la cocina de su casa.

Para Navidad sentíase dichoso cuando su madre, poniéndole un saco entre las manos, le decía:—Es preciso traer lana para el portal.

Solamente él conocía los sitios donde el musgo hacía sus maravillas con más primor sobre los troncos, o donde colgaba sus más bellas estalactitas de esmeralda a la vista y de seda al tacto. Los otros niños del lugar traían lana para adornar el Nacimiento, lana, lana común... Las Tres Divinas Personas que poseía su madre, debían sentirse orgullosas de reposar entre el musgo más lindo y suave de la montaña. Para ellas apacentaba el niño todo el tiempo quién sabe qué rebaño de ovejas encantadas, cuyo vellón delicado y de color verde iba a trasquilarse todos los años, al acercarse la Pascua. Sabía más que muchos botánicos y entomólogos dueños de colecciones olorosas a cianuro y a muerte. Su ciencia era viva, de la que alegra las imaginaciones: por ejemplo, no podía decir si las flores que conocía eran gamopétalas o polipétalas, mas sí en cuál mes florecían todas las plantas de los alrededores, los matices de las corolas; que esta orquídea lucía en el interior de su broche una palomita blanca, que la otra un abejorro exacto a un chiquizá, que la de más allá un torito. Era una abeja en lo de saber cuáles botones eran dueños de una gota de miel y siempre el pequeño altar de su madre estaba adornado con los ramilletes más perfumados que encontraba en el bosque. En las tardes de lluvia ensartaba en hilos los frijolillos de poró y los bonitos granos de lágrimas de San Pedro, recogidos en sus excursiones y hacía collares a su hermanita Susa. Las guijas pulidas y redondeadas con más esmero por las transparentes manos del arroyo, estaban en su bolsillo, y no había abejorro, libélula o mariposa cuya historia no conociese.

Los nombres de los meses eran madeja enredada en su cabeza; en cambio se fabricó un calendario a su manera. Él decía: el mes de las moras y de las uvitas de lengua de vaca; el mes en que vuelan las semillas del tabaquillo; el mes de las violetas en los potreros y de los ahoga-pollos—que son unos escarabajos de alas verde y plata que por mayo vuelan en nubes.

Calculaba la edad de su ternera así: «Nació para cuando las fiangas estaban florecidas, después de eso, dos veces Susa y yo hemos comido las uvas moradas que salen de las fiangas».

Juan Silvestre interrumpió su cuento para decir a los niños: en esto hacía como Pablo y Virginia. ¿Habéis oído hablar de estos niños? ¿No? Pues figuraos que cuando le preguntaban su edad, Virginia respondía: «Los mangles han dado dos veces su fruto y los naranjos veinticuatro veces la flor desde que estoy en el mundo».

Luego Juan Silvestre continuó:

Al igual de un ornitólogo, podía describir los pajaros de su clima a ojo cerrado: en qué tiempo era la puesta y de cuántos huevos; si hallaba un nido vacío sabía si era de zoterré, de yiguirro o de zacatera. Quería mucho al pecho amarillo porque es un pajarito valiente, y al verlo perseguir a un gavián de fuertes garras que huía ante la pequeña avecilla, tiraba su sombrero al aire y gritaba, queriéndole demostrar con ello su admiración.

Distinguía como el más entendido apicultor, las especies de abejas de su tierra y con sólo probar la miel decía si era de picúzaro o de jicote barcino. Arrebatava de un árbol un panal sin sufrir un solo aguijonazo, y alrededor de la casita del lindero del bosque zumbaban enjambres de esas abejas negruzcas que hacen miel con olor de manzana, cuyos panales estaban en troncos colgados por el niño bajo el alero.

Tenía ocho años cuando pasó por la aventura que decidió de su vida: entonces era un muchachillo de simpática figura, con sus mejillas redondas y frescas, sus ojos inteligentes, el sombrero acampanado de fieltro negro metido hasta las orejas, y los pantaloncillos de dril, engomados y largos como los llevan los hombres grandes. Las vacas no le tenían mucha confianza porque de repente le salía aguijarlas sin ton ni son y las ponía a correr azoradas; la gorda cerda blanca se preguntaba qué gusto experimentarían el muchacho en azuzar al perro para que la persiguiera y la hiciera jadear, y el mismo perro era latigüeo sin necesidad. Las ardillas, los sapos, los pájaros y las mariposas no estaban tampoco muy seguros cuando sus ojos les caían encima.

Esto no quiere decir que fuese malo y si la madre le hacía reflexiones se arrepentía de veras.

Una noche el padre dijo:—Ve Pascual y trae las vacas; déjalas en el potrero de atrás. Tengo que ir a la ciudad y quiero ordeñar en la madrugada.

Era en junio para el veranillo de San Juan, como que el siguiente era el día del Santo Bautista. Hacía mucho frío y el niño metióse en una americana regalada al padre por el amo de la ciudad.

El cielo estaba aseado y ya las nueve andaban cerca porque la luna iba bien encumbrada.

Bordeaba el bosque, cuando creyó oír en el suelo, cerca de sus pies, risas menudas y palabras dichas por bocas diminutas. Un rayo de luna colándose por el vano que dejaban unas ramas, le hizo ver una multitud de figuras minúsculas que se movía entre la hojarasca. Inclínose para mirar bien. Si Pascualillo hubiera sido una persona mayor se sobrecoge y quizá hasta habría tenido miedo, pero era un niño y un niño criado entre árboles y vacas, y el espectáculo que tenía a sus pies parecía tan natural a su inteligencia sencilla, como el que viera una mañana, a principios de mayo en el bosque, cuando lo encontró poblado de hongos. Lo que hizo fue reír. ¡Qué gracioso era todo esto! He aquí que los hongos tan quietos y si-

lenciosos que mirara esa misma tarde, estaban ahora animados por una vida que no sospechó. Aunque bien hizo él en compararlos con los enanillos del cuento de Blanca-Nieves, que nunca se cansaba de leer. Recordó haber dicho a su hermanita Susa—sin estar seguro de ello—solamente porque le hubiera gustado mucho que su fantasía fuera realidad, que los hongos eran enanitos, que tenían su casa bajo la tierra al pie de los grandes troncos, y que allí tenían sus camitas, sus sillitas, sus mesitas y sus gallinitas del tamaño de una araña y sus vaquitas que no eran mayores que un ratoncillo. Y Susa le creyó y despedazó algunos buscándoles la cara, las piernas y los brazos.

Bien estaba él, pues no era tan mentira su mentira. ¿Con que de veras tenían piernas y brazos y cabeza? Dónde los habían escondido, que él lo único que había podido encontrar hasta entonces era un tallo protegido por una especie de sombrero?

Tumbado en la hierba presenciaba el curioso desfile: los hongos menuditos que viera subiendo a lo largo de los troncos, muy ufanos con el gorrillo cónico más delicado que imaginarse pueda; aquellos un poco más grandes, blancuzcos, tantas veces contemplados porque le hacían la impresión de que salían del pie de los corpulentos árboles para desparramarse luego en filas por los alrededores, cada uno con el sombrero puesto, del mismo color y de la misma forma, lo que les daba el aspecto de chiquillos uniformados saliendo de la escuela; los bonitos hongos de un rojo brillante, que ponen su nota alegre sobre el verde oscuro del musgo, eran los más bulliciosos: se habían quitado sus cascos diminutos y los agitaban en el claro de luna; los racimos de hongos blanquísimos que tanto le llamaron la atención por el primor con que estaban agrupados, y que él creyera fabricados con los copos de espuma formados por el agua del arroyo al caer desde una altura, pasaron convertidos en lindas doncellitas vestidas con túnicas color de plata, con su cofia de nieve y sus cabellos rubios peinados en dos trenzas. Marchaban enlazadas por el talle y sonreían dulcemente; los hongos de turbante nacarado eran parlanchinas comadres; los grandes hongos rojizos, muchos de los cuales despedazara por curiosidad y en cuyo interior había una pelusa finísima y blanca, estaban transformados en hombrecillos bonachones con papada y barriga, que reían enseñando sus dos hileras de dientes sanos; los negruzcos tenían barba y eran más graves.

Una voz sutil cual una hebra de lluvia dijo:

—Ven con nosotros, Pascualillo; esta noche es la danza de los hongos. Ven con nosotros, que es la víspera de San Juan y el bosque entero está de fiesta.

—Mucho me gustaría ir con vosotros... sin embargo no iré. Esta es la hora que mi madre está acongojada porque no he llegado a casa. Mi padre me jalará las orejas.

—No temas, Pascualillo, ven con nosotros. Te prometo que en tu casa no echarán de ver tu vuelta. Ven con nosotros, que es la víspera de San Juan...

El niño no pudo resistir la tentación.

—No me atrevo a moverme, temo aplastaros con mis pies.

—Mira en derredor tuyo, Pascualillo. Hace rato no eres más alto que las espiguitas del yantén—replicó el hongo de sombrero escarlata que lo había invitado.

El niño rió al notar que en efecto, era del tamaño de las violetas y del hongo su amigo. Las margaritas de oro se balanceaban sobre su cabeza y una gota de agua al resbalar del pétalo de una de ellas le bañó la cara. Se revolcó de alegría entre la hierba y luego se puso en marcha.

El sitio designado para la fiesta era una explanada cerca de los Ojos de Agua.

Todas las filas de hongos que él había visto formarse al pie de los troncos se movían en aquella dirección. A

través del prado entre la hierba plateada por la luna, caminaban los hongos amarillentos y los hongos color sucio que nacen sobre el estiércol.

Pascualillo gritó al verlos y envió su sombrero por el aire. Este acto significaba siempre su más alta expresión de alegría.

Llegaron: las arañas verdes de los campos habían prendido sus telas entre las ramas para que el sereno ensartara en ellas sus gotas que brillaban a la luz de la luna. En los musgos que cubrían los troncos temblaban también goticas de agua y había gusanos de luz que a intervalos prendían su lámpara minúscula. Los graciosos gusanillos de San Juan adornados con penachos amarillos o negros, se balanceaban en el extremo de sus hilos y adornaban así el sitio designado para el baile. El suelo estaba tapizado de hierba fina, de lindas violetas de un morado muy oscuro y del trébol cuyas hojas llevan estampada una pequeña mancha blanca y cuyas flores son gallinitas encarnadas. La yerbabuena que crecía al borde del manantial, ponía en el ambiente su olor penetrante y estaba engalanada, por ser la víspera de San Juan—como lo cuenta la leyenda—con sus pálidas flores. Pascualillo nunca había visto florecida esta planta, y al repararla, tuvo presente la conseja recogida de los labios de su abuela, de que la yerbabuena florece la víspera del día de San Juan, para confortar al diablo que sufre en esa noche porque echa de menos el cielo. Por un momento tuvo miedo al pensar que en la madrugada vería al demonio—con cuernos, cola y echando fuego por los ojos y la boca—hacer su ramillete para colocarlo sobre el corazón dolorido y calmarlo; pero una ronda de los bonitos hongos rojos lo cogió al pasar y siguió con ellos dando saltos.

Los abejones negros que por ese tiempo abren agujeros en la tierra, habían dejado su trabajo y venido a curiosear junto con los grillos campestres y los saltones.

Lo que más gracia hizo a Pascualillo fué encontrar sus bueycillos de palo, labrados por él en un tronco de suave poró, entre la multitud de curiosos. Los había dejado a la vera del bosque, cerca de su casa, tirando de una carreta, obra suya también, y cuyas ruedas eran las mitades de una carrucha vacía.

—¡Hola!, ¿qué hacéis aquí?—preguntóles.

—Ya lo ves, amito, hemos venido también al baile de los hongos... Es la víspera de San Juan.

—Bien, bien... ¿Y cómo sabfais?

—¡Oh! amito: desde que comenzó este Veranillo no hemos hecho otra cosa que oír a los hongos del potrero y del bosque charlar y acicalarse para su fiesta de San Juan.

Pascualillo no se mató la cabeza meditando cómo los hongos, los abejorros, las arañas y sus bueycitos sabían de San Juan. ¿Acáso es tan difícil comprender esto? Además, creía sencillamente que todas las cosas piensan y sienten, y como aún no razonaba al igual de la gente grande, no se tenía por rey de la creación ni había reservado para el hombre estas particularidades.

Su yunta le contó también:—En la carreta hemos traído un gran hongo comestible que esplayaba su gordura cerca del lugar en que nos dejaste.

Ése no usa sombrero y es más feo que esos muñecos que bailan sobre nuestro trébol. Nos rogó lo trajésemos porque su barriga no lo deja caminar. Después añadieron:—¡Qué pequeño eres ahora, amito, te llevamos toda la cabeza!

A la media noche cayó una garúa finísima y al caer produjo una música deliciosa. San Juan llegó. Venía en el carro de estrellas que da vuelta al Norte del cielo⁽¹⁾ y que en esa noche se desprende para traer a la tierra al santo degollado por el cruel Herodes. Lo guiaba un ángel, en cuya frente estaba prendida la diminuta estrella que desde aquí podemos ver acomodada en el timón del

(1) La Osa Mayor.

Carro y a la que llamamos el Cocherito. El santo tenía su forma humana: era un hombro con el rostro curtido por el sol y con una cabellera rizada y espesa que le caía sobre los hombros. Iba desnudo con los lomos ceñidos por una piel de camello; en el cuello musculoso se le notaba la línea rojiza que marcaba el lugar en que el hacha separó la cabeza del tronco. Bajo las cejas espesas le brillaban los ojos.

La multitud gritó:—¡Salud, señor San Juan! Y los hongos se desprendieron de sus sombreros y los echaron por los aires, imitando a Pascualillo. La danza comenzó, la graciosa danza de los hongos.

Las gentiles y frágiles doncellitas blancas hacían serpentina con sus túnicas color de luna, rodeadas por los hongos escarlata que movían al compás de la música sus cabezas escaperuzadas. Los otros formaban mil figuras complicadas y encantadoras. San Juan andaba entre los corros que se movían, sin aplastar a ninguno. A través de la barba hirsuta se veía sonreír dulcemente su boca de gruesos y encendidos labios. Nadie al verlo podía creer fuera el mismo que predicaba a las gentes con palabras terribles, y ante cuya presencia el tetrarca de Galilea temblara.

Pascualillo se había escondido entre un macizo de zacate para contemplar a su sabor al santo que su tía Juana tenía en un cuadro, y en el cual se le veía también desnudo y bautizando entre un río a Nuestro Señor.

Pero San Juan se fué yendo muy disimulado y de pronto apartó las hojas entre las que el niño se escondiera:

—Pascual, Pascualillo, buenas noches!

Este se quitó el sombrero y púsose a morder el ala, todo chillado. Por fin tartamudeó:

—Salud, Señor San Juan!

El santo habló con suavidad:

—Pascual, Pascualillo, yo te conozco porque andas mucho entre el bosque y yo soy el patrón de los bosques y de las soledades silvestres. Las arañitas, los musgos, los líquenes, los hongos, los abejorros de colores, lo mismo que los grandes árboles y que las fieras, están protegidas por mí. Cuando viví en la tierra fuí un hombre semejante a un hierro enrojado para curar las llagas. Mis palabras sonaban como truenos... Ahora, en cambio, amo los grillos, las abejas y acudo al baile de los hongos. Yo hago florecer la yerbabuena para que el demonio alivie su corazón afligido... aunque no arrepentido, por desgracia; y hago que las doncellas lean su destino en el cuajarse de la clara de un huevo que dejan puesta en un vaso de agua la víspera de mi santo. Pídemelo que desees, Pascualillo, que yo te lo daré.

Pascualillo permaneció silencioso.

El santo se inclinó y buscó entre la hierba. Cuando levantó la cabeza tenía entre los dedos una hojita del trébol manchado de blanco que alfombraba el suelo.

—Toma, muchacho, es la hoja de cuatro gajos, la hoja que trae la dicha.—Yo la he buscado para ti... Vete y sé feliz... Amalo todo...

Ya el niño no estaba en el bosque, en la planicie en que brotan los ojos de agua. Encontróse en el camino y la luz del alba blanqueaba los campos. Delante de él marchaban las vacas moviendo lentamente sus cuerpos pesados.

—¿Acaso soñara? No, que entre los dedos tenía la hoja de cuatro gajos.

Estaba alegre y deseaba gritar. El niño no se daba cuenta de que en su corazón había una ternura inmensa para todas las cosas. Hubiera querido tener alas en los pies y llegar a casa de un vuelo para abrazar a su madre, a su hermanita Susa y ayudarle al padre para que no se fatigara antes de partir.

¡La escarcha que temblaba en las briznas de hierba le pareció tan linda! Antes no había reparado bien en ella.

Al verla tan blanca y tan brillante, creyó inocentemente que era la luz de la luna que no pudo escapar cuando aquella se escondió tras la montaña. Las vacas bramaban y en torno de sus testuzas se formaban halos de vapor. Le recordaban las cabezas de las santas de los cuadros suspendidos en las paredes de su casa, que llevaban como las vacas, aureolas luminosas alrededor de la frente.

¿Serían santas? ¿No decían que las santas eran mujeres muy buenas? ¿No eran muy buenas las vacas?

Se acercó a su vaca Blanca Nieves—así llamada por el niño por tener la piel blanca y sedosa y le acarició el cuello.—Nunca más—se dijo—las aguijaría para que corrieran. ¿Por qué hacerlas sufrir de este modo? ¿Qué pensarían de él?

Al llegar, los terneros menudearon sus mee, mee, quejumbrosos y asomaron los hocicos húmedos por sobre la cerca de piedra, y al abrir la boca enseñaban los dientes que parecían pedacitos de escarcha prendidos en una gran flor nacarada.

Pascualillo sonrió. ¡Qué bonitos los hijos de las vacas! ¡Seguro cada uno amaría a su madre de la misma manera que él a la suya!

Pascualillo sonrió también ante el arroyuelo: ¡Qué cristalina el agua... y al alejarse cantaba!... sí, cantaba; sonrió al ver el vuelo de las libélulas de alas manchadas de rojo; sonrió al zoterré que estaba hecho una alegría en una rama y se apartó para no asustar la ardilla que buscaba comida en un árbol.

Cuando entró en la cocina, la madre encendía el fuego y el padre estaba levantándose. La mujer lo miró tranquilamente.

—Le has ganado a tu padre; no había prisa en que te levantas todavía.

Contó su aventura, más el padre levantó los hombros y se fué a su tarea.

—No distingue todavía lo que sueña de lo que hace de veras!—salió murmurando.

La madre sonrió incrédula, mas cogió la hoja de trébol en la palma de la mano y la examinó.

—Guárdemela en su libro de oír misa, mamita, y cuidado me la pierde.

Ella se enjugó las manos y salió en busca de su libro de oraciones, entre cuyas páginas colocó con ternura la graciosa hojita.

* *

Pasaron años y años. La madre cuidó siempre de que la hoja de cuatro gajos no saliera de su libro de oraciones.

Cada vez que la encontraba sonreía incrédula y temerosa.

Mientras Pascual fué un niño, las vacas, la gran cerda blanca y el perro no volvieron a tener quejas contra él.

En su corazón hubo desde la noche de San Juan, una inmensa bondad para todas las cosas. Ya de adolescente, sintió deseos de cantar la belleza del sol y la que hay en la gotita de agua que tiembla en la brizna de hierba; la de las nubes que son el musgo que crece sobre el cielo y la del musgo que adorna los troncos y los paredones; y lo mismo se enternecía ante un sapo que ante una rosa.

La hoja del trébol no le trajo poderes ni riquezas, mas puso en sus pupilas el amor e iba contento por la vida, procurando no hacer sufrir a nadie.

No creáis que el dolor pasó a su lado sin punzarlo: muchas veces el llanto mojó sus mejillas, pero al secarse no dejaba remordimientos... Que la vida lo maltratara a él—pensaba...—que él no maltratara la vida! Y pronto la sonrisa de la tranquilidad borraba los surcos amargos.

Al morir, la madre pidió que pusieran sobre su corazón el libro de oraciones entre cuyas hojas estaba el trébol de cuatro gajos.

Los años pasaron... y los años pasaron, y Pascualillo

se hizo viejo. Le frescura huyó de su rostro y su cabeza se tornó blanca.

Cuando comprendió que la muerte se acercaba, dijo a sus hijos y a sus nietos:—La vida no es mala, hijos míos, es buena a pesar de sus dolores..... ¡Tiene tantas cosas bellas, que duele abandonarla! Bien es verdad que no todos pueden encontrar a San Juan y lograr que busque para ellos la hoja de trébol que trae la dicha, esto es, la paz y la alegría del corazón... ¡La hoja del trébol es el amor!...

Refirió con voz temblorosa su aventura de chiquillo, el baile de los hongos y la aparición del santo que bajó del cielo en el carro que está enganchado para él allá en el Norte.

Los que lo rodeaban lo miraron tristemente porque creyeron sus palabras desvaríos de su cabeza moribunda.

CARMEN LIRA

Julio 3, 1915.

Revista de Filosofía

CULTURA, CIENCIAS, EDUCACIÓN

Publicación bimestral dirigida por

JOSE INGENIEROS y ANÍBAL PONCE

Aparece en volúmenes de 150 a 200 págs.

Estudia problemas de cultura superior e ideas generales que excedan los límites de cada especialización científica.

Suscripción anual: 10 \$ moneda argentina
Exterior, » 5 \$ oro.

Redacción y Administración

Belgrano 475 — BUENOS AIRES

Dr. ALEJANDRO MONTERO S.
MEDICO CIRUJANO

TELÉFONO 899 — Horas de consulta: de 2 a 5 p. m.
Despacho: 50 varas al Norte del Banco Internacional.

Sastrería LA COLOMBIANA

Francisco Gómez Z.

Ofrezco a mi clientela un surtido completo de casimires, y en la confección de trajes, prontitud y garantía.
Calle del tranvía, frente a la tienda Kepfer.

Doctor CONSTANTINO HERDOCIA

De la Facultad de Medicina de París

MEDICO Y CIRUJANO

Enfermedades de los ojos, oídos, nariz y garganta. Horas de oficina: 10 a 11.30 a. m. y de 2 a 5, contiguo al Teatro Variedades.

Teléfono número 1443

UNA CENTURIA LITERARIA

Prosas y prosistas uruguayos

1800-1900

Por Hugo D. Barbajelata. París, 1924

Tenemos encargo de vender algunos ejemplares de esta magnífica antología. Precio del ejemplar \$ 7.00.

Aproveche la ocasión y hoy mismo solicite el suyo al Sr. Admor. del «Repertorio Americano».

Quien habla de la **Cervecería TRAUBE** se refiere a una empresa en su género, singular en C. R.

Su larga *experiencia* la coloca al nivel de las fábricas análogas *más adelantadas* del mundo.

Posee una planta completa: más de *cuatro manzanas* ocupa, en las que caben todas sus dependencias:

CERVECERÍA, REFRESQUERÍA, OFICINAS, PLANTA ELÉCTRICA, TALLER MECÁNICO, ESTABLO.

Ha invertido una suma enorme en ENVASES, QUE PRESTA ABSOLUTAMENTE GRATIS A SUS CLIENTES.

FABRICA

CERVEZAS
Estrella, Lager, Selecta, Doble, Pilsener y Sencilla.

ma, Granadina, Kola, Chan, Fresa, Durazno y Pera.

REFRESCOS
Kola, Zarza, Limonada, Naranjada, Ginger-Ale, Cre-

SIROPES
Goma, Limón, Naranja, Durazno, Menta, Frambuesa, etc.

Prepara también *agua gaseosa* de superiores condiciones digestivas.

Tiene como especialidad para fiestas sociales la KOLA DOBLE EFERVESCENTE y como reconstituyente, la MALTA.

SAN JOSE — COSTA RICA

Pase a ver

el gran surtido de

Casimires ingleses

de último estilo

que acaba de recibir y vende

a precios módicos

la

SASTRERIA AMERICANA

de

Juan Piedra y Hermano

Frente al Hotel Francés

Los trabajos de esta Sastrería son garantizados

Larga práctica en Nueva York

Ladies and Gentlemen Tailor
English spoken